

BUEN HUMOR



Todo es según el lugar...

Dib. RIBAS.—Madr

ÉL.—¡Mire usted que si se pusiera de moda el andar así cogidos por la calle!...

ELLA.—¡Oh, calle, calle! ¡Qué indecencia!

CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"

Cerrado herméticamente nuestro concurso de títulos y leyendas, abrimos hoy de par en par nada menos que la friolera de tres nuevos concursos, de cuyo éxito brutal, inmarcesible e imperecedero no dudamos ni tanto así.

Todos nuestros lectores y lectoras, es decir, señoras, señoritas, caballeros, pollos, niños y militares, pueden tomar parte en estos concursos, nada más que ciñéndose voluptuosamente a estas dos condiciones:

- 1.^a Tener gracia.
- 2.^a Cortar el cupón.

Esto de cortar el cupón no se refiere a tener dinero en el Banco, sino a tener en casa unas tijeras con las cuales se pueda verificar el sencillísimo hecho de *desglosar* del texto de nuestro semanario los cupones que han de acompañar a los envíos de los lectores.

Y hechas estas necesarias aclaraciones, pasamos a dar cuenta de los concursos que en este momento abrimos.

PRIMER CONCURSO. — Este concurso, que será continuo como los discursos de D. Melquiades, o para decirlo más claro, que se verá, fallará y tendrá premio todas las semanas, consiste en un chorro de chistes, caídas o gracias (como ustedes prefieran llamarlas), de las cuales, las que a juicio de la Redacción sean más ingeniosas y originales, lograrán los siguientes honores:

1.^o Hacer inmortal el nombre de su autor, que se publicará al pie del chiste o gracia, acompañado, si lo desea, de su edad, su estado, su profesión, su domicilio y hasta sus ideas políticas.

2.^o Provocar la envidia de los redactores de este semanario, los cuales, hasta los que sean calvos, se tirarán de los pelos que puedan al ver que hay en el mundo señores tan graciosos o más que ellos, y que no presumen como ellos.

3.^o (Hay ascensor.) Al autor del mejor chiste de los que publiquemos en cada número, entregaremos la formidable cantidad de **DIEZ PESETAS** en metálico, o en billetes de Banco, siempre que el susodicho autor dé la vuelta del billete en el acto.

¡Con que, queridos lectores, a calentarse la cabeza! ¡Manden muchos chistes, muchas ocurrencias, ¡muchas gracias! (¡No hay de qué!)

¡Anden ustedes, y que les den dos duros!

¡Ah, una advertencial... Este concurso procuraremos que no quede desierto jamás.

SEGUNDO CONCURSO. — Este concurso, que cerraremos el día 2 de abril, consiste en dar una respuesta graciosa, contundente y definitiva a la siguiente pregunta:

¿En qué invertiría usted con más aprovechamiento la cantidad de dos pesetas con sesenta y cinco céntimos?

TERCER CONCURSO. — También será cerrado el 2 de abril, y también consiste en aclarar con salero, intención y oportunidad la siguiente y terrible duda que nos está consumiéndose desde hace cinco años:

¿Por qué razón misteriosa e indescifrable cuesta veinte céntimos el tranvía para ir a las corridas de novillos, y dos reales para las de toros?

En ambos concursos, los que contesten con más gracia y acierto serán galardonados con la ya imponente suma de

CINCUENTA PESETAS

Es decir, que si hay un lector que consigue alcanzar los dos premios podrá disponer en un momento de **VEINTE DUROS** (todos buenos y perfectamente acuñados), con los que se pueden resolver casi diez días de existencia, sin el agobio de la lucha diaria por el cocido y de pensar en qué habrá que hacer mañana para que la criada pueda ir a la compra... Aunque nosotros preferiríamos que los dos premios recayeran en autores distintos, tanto porque hacemos la felicidad de más familias, como porque nos haría gracia ver las caras de los agraciados cuando la sorpresa de ser premiados con diez duros les hiciese exclamar con inefable regocijo:

— ¡Anda, diez!

Los envíos habrán de venir necesariamente firmados por sus autores (y los de provincias en sobre abierto y con la indicación de *Original para imprenta*), y acompañado cada uno de los originales de un cupón de los que publicamos por separado.

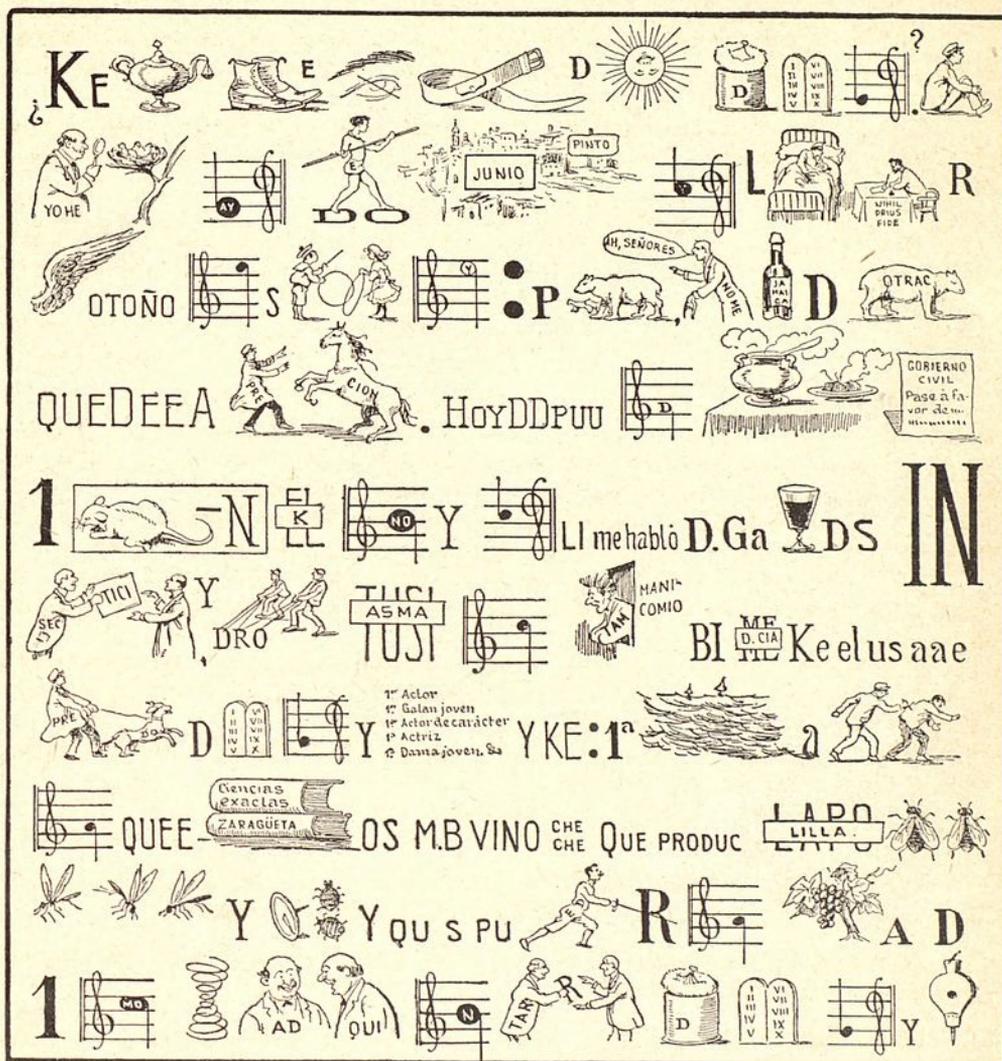
CONCURSO-ANUNCIO

Una casa anunciadora, des-
seando hacer un obsequio a
nuestros lectores, nos remi-
te para su publicación este
jeroglífico.

Para tener derecho al re-
galo de los artísticos relojes



cuyas fotografías acompañan
a estas líneas, es necesario
que discurran ustedes un po-
quito hasta dar con la solu-
ción exacta del jeroglífico en



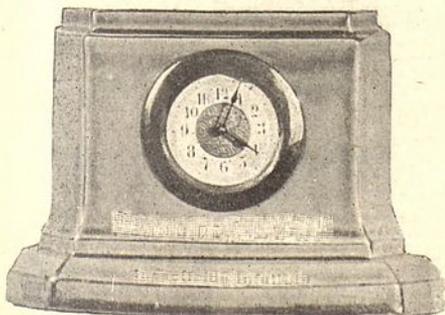
cuestión; y una vez convencidos de que han acertado ustedes con ella, la remiten a esta Redacción, plaza del Angel, 5, entresuelo, antes del 31 del presente marzo, fecha en que cerraremos el concurso.

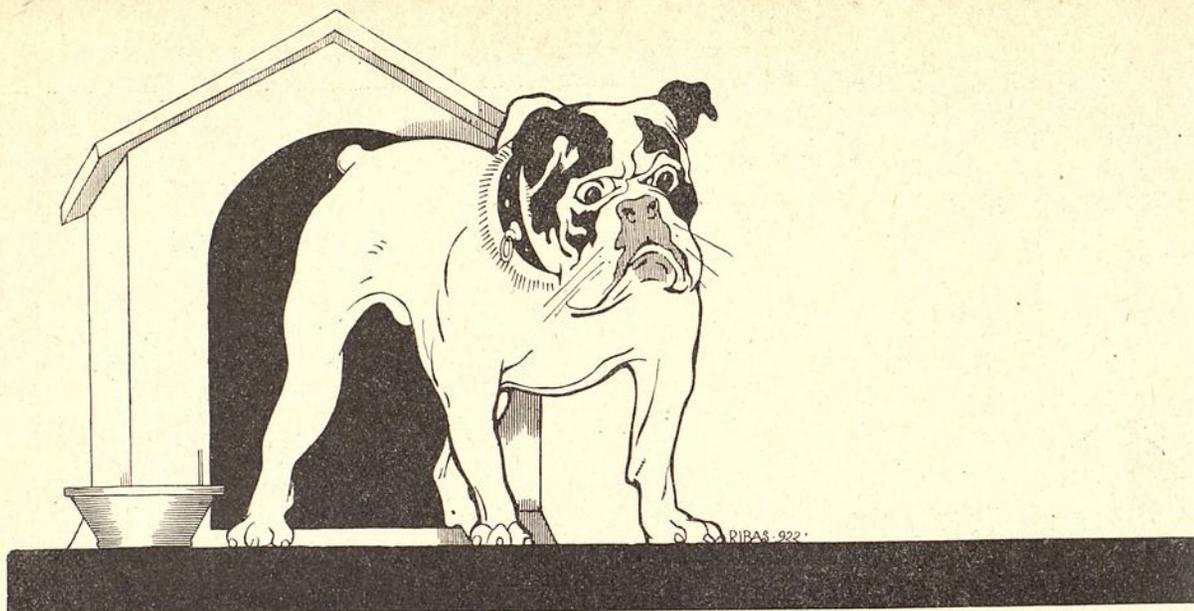
Los de provincias harán su envío en sobre abierto, en el que figurará la inscripción de *Original para imprenta*. Tanto los de Madrid como los de provincias procurarán no olvidarse de acompañar cada solución del cupón que figura al pie de esta plana, pues serán nulos todos los envíos que se nos hagan sin cumplir esta formalidad.

Los premios se entregarán en esta Redacción a los autores de las tres soluciones exactas que recibamos, y si hubiera mayor número de éstas, se celebrará un sorteo entre todas ellas para el reparto de los tres premios.

Las soluciones deberán venir firmadas por sus autores y con indicación de domicilio y población en que residen.

CUPÓN que deberá acompañar a cada solución que se envíe para el CONCURSO-ANUNCIO.





EL MEJOR GUARDIAN

de la dentadura es

un TUBO de

PASTA DENS

que destruye el sarro, blanquea los dientes
y perfuma la boca.

1.50



LA PURGA DE BENITO

UN patio de una casa de vecindad.

La señora Isolina, portera de la finca, se dispone a propinar a su hijo una onza de aceite de ricino.

Saca una silla baja al patio, vuelve a entrar en su casa, y trae una taza con el preciado aceite. Mientras bate la mezcla con una cuchara, llama amorosamente a su vástago:

— ¡Benitín!... ¡Hijo mío!... ¡Benitín!...

Toma asiento, deja en el suelo, a su derecha, la taza, se remanga hasta el codo, y vuelve a llamar al niño:

— ¡Benitín!...

Su actitud es la de la grecorromana.

Benitín aparece por el pasillo que da al portal: tiene seis años, es gordifluncete. Viene despacio, receloso y restregándose contra la pared.

— ¡Ven, mi rey! — dice su madre al verle.

Benitín, adulado por su elevación al trono, corre hasta su madre, sentándole ésta en el de sus rodillas, mientras, besándole, le dice:

— Mira, hijo mío, te voy a dar una cosa muy rica, y si lo bebes de un trago, te compro un peón.

— ¡Qué es? — interroga el niño escamado, mirando la taza que su madre ha cogido en la mano.

— ¡Un jarabe!

— ¡Es ricino! — arguye airado, revolviéndose, Benitín.

— ¡Pero te lo he puesto con café y azúcar, y no sabe a nada!

— ¡Si sabe!

— ¡Que no, hijo! Mira cómo lo tomo yo.

La señora Isolina toma una cuchara, y con un gesto de repugnancia atroz dice:

— ¡Qué rico está!

— ¡Que no lo tomo!

— ¡Bueno, pues si no lo tomas, se lo doy al niño del sotabanco, y pa él es el peón!

— ¡Pues que sea!

— ¡Anda, tómalo, hijo; que es pa que te pongas bueno!

— ¡No quiero!

— ¡Anda; lo bebes de un trago, y luego te doy más azúcar!

— ¡Que no!

La señora Isolina, implorante:

— ¡Benitín!...

— ¡Que está muy malo!

— ¡No, galán! ¡Anda!...

Le acerca la taza; el niño da un manotón y salpica de aceite la cara de su madre.

— ¡Pero..., hijo, que lo tiras! Señora Gregoria, ¿hace usted el favor de bajar una *miaja*?

— Ahora mismo — contesta la vecina, al propio tiempo que baja los cuatro escalones que desde su corredor hay hasta el patio.

— ¿Por qué no lo quieres tomar, rico? — dice la vecina.

— ¡Y ya ve usted, y eso que le voy a comprar un peón; y si lo toma sin tirar una gota, se lo compro de música!

— ¡Déjeme usted a mí de músicas!

— ¡Señora Gregoria, sujétele usted las manos, que se lo voy a dar tapándole las narices!

— ¡Las narices no, madre! ¡Que no me sujeten!

— Bueno; pues tómalo bien, y no te sujeta nadie.

— ¡Si es que sabe mal!

— Pues, ¿no dice que sabe mal, señora Gregoria?

— ¡Qué va a saber!

— ¡Que sí!

— Hombre, hágame usted el favor de catarlo.

— ¿Quién, yo?

La señora Isolina, guiñándole el ojo:

— ¡Si es pa que vea que es bueno!

La señora Gregoria, temblando:

— ¡Si es un *néztar*, nene!

— ¡Pues pa usted!

— Bueno, te lo *tíes* que tomar, conque... ¡Señora Gregoria, suétele los brazos

El chico:

— ¡No!



Dib. SILENO. — Madrid.

— ¡Pero si *tíes* la lengua como un zapato, hijo!

La señora Gregoria le sujeta los brazos; su madre le atenaza las piernas entre las suyas. Con una mano coge la taza y con la otra las narices. Benitín lucha como un león.

— ¡Que no quiero! ¡Suéltenme us-tés! ¡Aaay mis narices!

En este momento consigúe soltar un brazo, y le da un puñetazo a la Gregoria.

— ¡Mi madre!

— ¡Niño! ¿Le ha hecho a usted daño?

— ¡Regular! ¡Se le cría a usted fuerte, rediez!

Otra vecina se une al grupo y dice:

— ¿Me quiere usted dejar, *señá Solina*, que yo he tenido doce y los he *purgao* a todos?

— ¡Ya lo creó, hija, y agradeci-dísima!

— ¡Ven aquí, Benitín!... Conmigo ya verán ustedes cómo lo toma.

— ¡Dios la oiga a usted!

— ¡La oirá!

— ¡Ven conmigo, guapo!

La vecina nueva substituye a la madre en su asiento y coge al chico, mientras dice halagadora:

— Si es que no se lo saben ustedes dar al hijo de mi alma. ¿Verdad, monín?

— ¡Es que está muy malo! — insiste Benito.

— ¿Quieres ver cómo me lo tomo yo de un trago?

— ¡Sí! — dice rapidísimo el niño, pensando que así se libraría de tomarlo él.

La nueva vecina trata de dárselo con mimos: le ofrece llevarle a la Casa de Fieras, comprarle cacahuetes y, finalmente, ponerle una cartilla del Ahorro Postal. Fracasa-dos todos los medios contemporori-zadores, vuelve a sentarse la madre para darle la purga a viva fuerza.

Benito da unos gritos horriblos, y se defiende a patadas y puñeta-zos. Al escándalo se ha congrega-do en el patio toda la vecindad. Las vecinas, colocadas en guerril-las y bajo la inteligente dirección de la madre, luchan sin conseguir que el rapaz ingiera una gota.

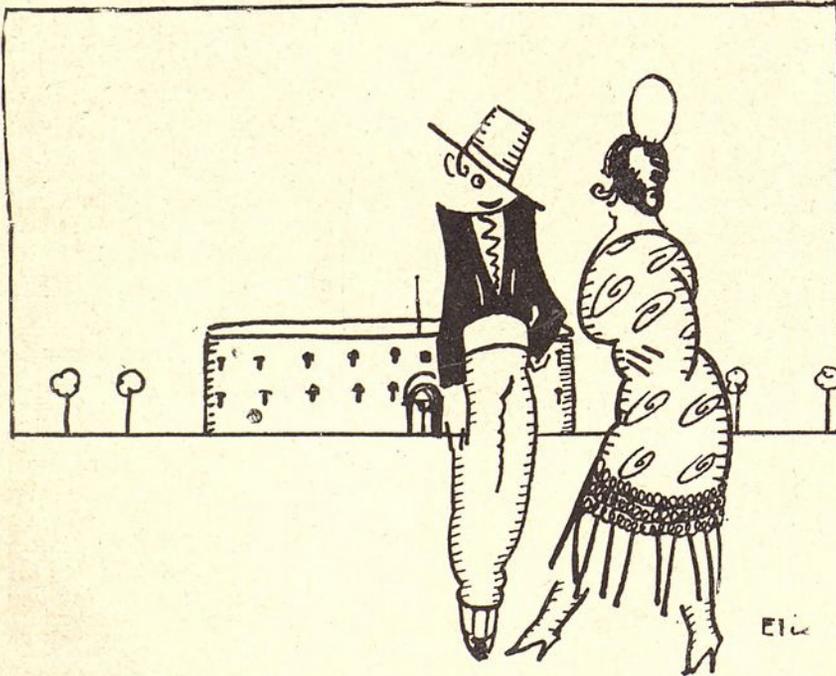
El cuadro recuerda algo la bata-lla del Salado, sólo que el aceite que se desparrama le da otro gusto.

— ¡Ahora, *señá Duvigis!* — se oye a la madre.

— ¡Sujétele usted el pie, que como lo sueñe me desnariga!

— ¡Écheselo usted ahora, señora Remedios! — ordena la que le abre la boca.

— ¡Que se me lleva el dedo! — grita la misma.



Dib. ELÍAS DÍAZ. — Madrid.

— ¡Te lo juro por mis muertos!...

— ¡Pero si toos te los han echao al corral, so maleta!...

El escándalo llega a tal extremo, que hasta de la calle entran curio-sos. Una pareja cercana, al oír las voces, penetra en el patio por si hacen falta sus servicios.

La madre, al ver a la autoridad gubernativa, se le ocurre una idea y la pone en práctica para intimidar a su hijo.

— ¡A ver, guardia! — dice —. ¡Este niño que no quiere tomar el ricino!

— ¿Y qué quiere usted que yo haga? — replica el del orden —. ¡Si en casa hay uno, y *pa* purgarle le tengo que llevar a la Comisaría!...

ANTONIO PLAÑIOL.



CUPLÉS SIN MÚSICA

¡Que salga el autor!

*Blas Calderón, gran guasón,
logró hacer creer a Bruna
que la adora con pasión...
¡Mas yo sé que todo es una
comedia de Calderón!*

Malagueña.

*Larios trasnocha con varios
nalagueños temerarios.
¡Dios quiera que bien concluya!
Gasta veinte duros diarios
y toda la calle es suya.
¡Toda la calle... de Larios!*

Del dicho al hecho...

*En Cuba ha muerto el autor
de la ley sobre el divorcio,
que estaba condecorado...
con la cruz... del matrimonio.*

Barajando nombres.

*López, avaro gruñón,
ocultaba en un arcón
cien doblas. Cuando un apuro
venía, era bien seguro
que iba López Al-arcón.*

Las excepciones.

*Paga con tacañería
(lo cual me parece innoble)
en todas partes Luis.
¿Siempre? ¡No, por vida mía!
Si es cerveza, paga el doble;
y el triple... cuando es anís.*

MIGUEL DE CASTRO.

OR
tremo,
curio-
oir las
por si
oridad
a idea
imidar
- ¡Estz
ricinol
que yo
- ¡Si
arle le
sarial...
OL.

SICA
ón,
ios
tuyal
ator
io.
i.
uro
)
ial
e;
i.
STRO.



Dib. LÓPEZ RUBIO. — Madrid.

EL CABALLERO (después de dar fuertes aldabonazos, porque el chico no alcanza). — ¡Ya estás complacido, monin!...
Es ésta tu casa, ¿verdad?
EL CHICO. — No, señor, no... ¡Y ahora vamos a correr, porque echan agual!...

LA BARAJA DEL AMOR

(Epistolario cómicoamoroso.)

XVII



QUERIDO mío: Anoche fui a Apolo a ver, con el palco que me enviaste, la obra de Perico Muñoz Seca y Perico Pérez Fernández. Es muy graciosa, y a ti te entusiasmará, dado lo que te gustan los Pericos.

Me acompañaron Pepita, Carmen y Luisa Gracia, esas hermanas que viven en el principal de casa, y a las que llaman las tres Gracias. En un entreacto subió a vernos Justo Rondueles. Apenas entró Justo, le presenté a mis amigas, diciéndole: «Pepita Gracia, Carmen Gracia y Luisa Gracia. ¿Qué le parecen a usted?» «Muchas gracias», me contestó. Como Justo es amigo de la empresa de la Plaza de Toros, le dije que no se olvidara de sacarme una delantera de grada para el domingo, y él prometió cogermela mañana mismo.

En el teatro vi a infinidad de amigos tuyos. Paco Gómez y Federico Ruiz tenían la primera fila de butacas; Ambrosio Regúlez llevaba la cuarta, y Acuña, aquel que quería ser fraile, estaba en la novena.

En el décimo palco estaba don Ambrosio, aquel señor tan grueso que me presentaste. Le acompañaba Rita Hilla, la hermana de la Ester; ya sabes quién digo: la Ester-Hilla. A juzgar por lo que vimos, en aquel décimo tocaba el gordo. Según nos contaron, él quiso convidar al palco a la Ester, porque tiene el tipo más fino; pero su madre dijo que fuera Rita.

¡Ah! Tengo que darte una mala noticia: los talones del Banco que me enviaste, tuve la mala ocurrencia de llevármelos en el bolso al teatro, y como a la salida llovía a cántaros, eché a correr para tomar un coche y perdí los talones corriendo.

En el coche me acompañaron las Gracias, Justo y Federico. ¿Que iríamos apretados? No, tonto, porque el coche era de punto.

Antes de que se me olvide, te diré que ha estado en casa el corredor de alhajas y trajes, a quien llaman el Tío Paco. Me trajo del Monte una falda de seda bordada; pero, la verdad, no me gusta la falda del Monte. También me enseñó un precioso collar, por el que me pidió cuatro mil pesetas; pero yo creo que vendrá el Tío Paco con la rebaja. Vi un magnífico pañolón de flecos que llevaba, y al decirle que tenía ganas de uno así, me contestó que me preparabas una sorpresa, y que pronto un mantón de la China me vas a regalar. Venga el regalo, si no es de broma, y perdona la forma de escribir, pero estoy contagiada de la obra que he visto.

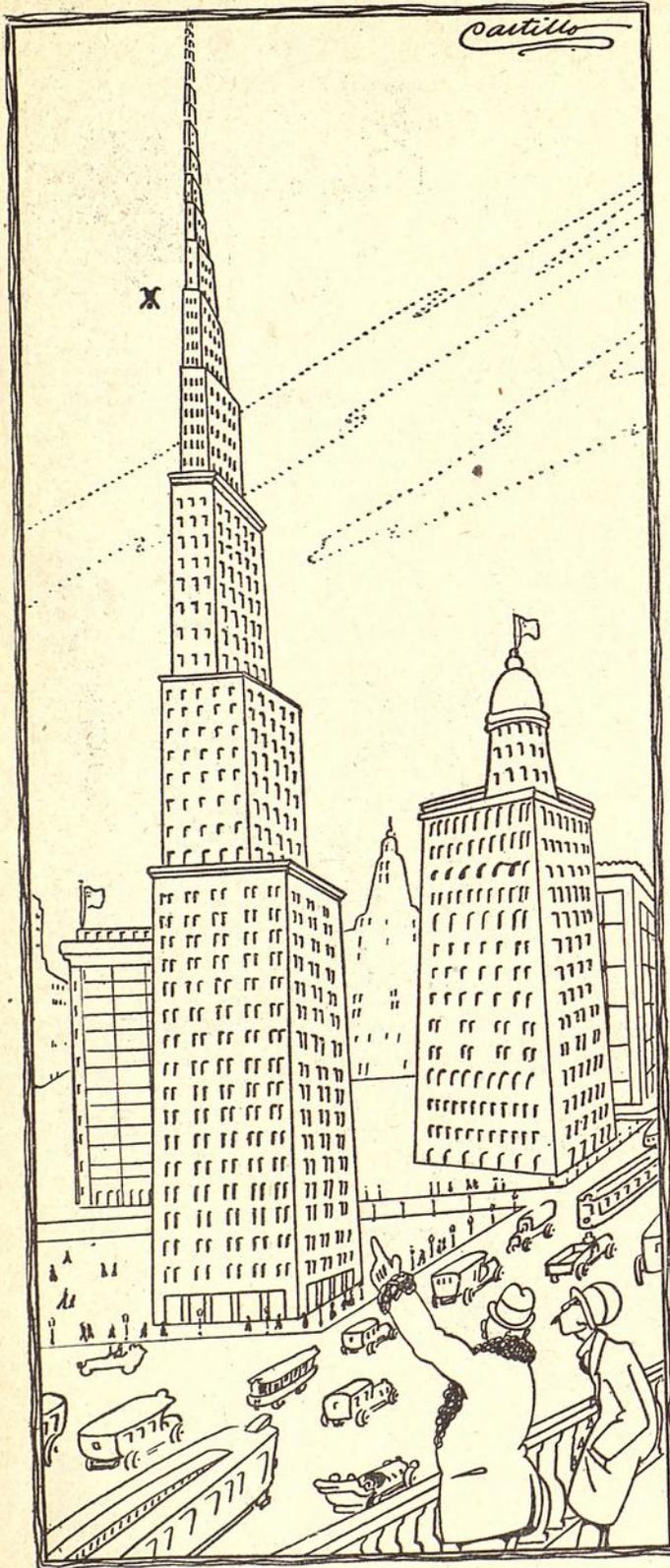
Te estoy poniendo esta carta al amor del brasero, y tan entusiasmada estoy con la escritura, que no me he dado cuenta de que me quemaba las zapatillas, y tengo las medias tostadas de abajo.

¡Adiós, riquín! Acuérdate de que tienes que pagar al zapatero, a la sombrerera y al modisto.

Adiós otra vez, y no te olvides de las cuentas de tu

ROSARIO.

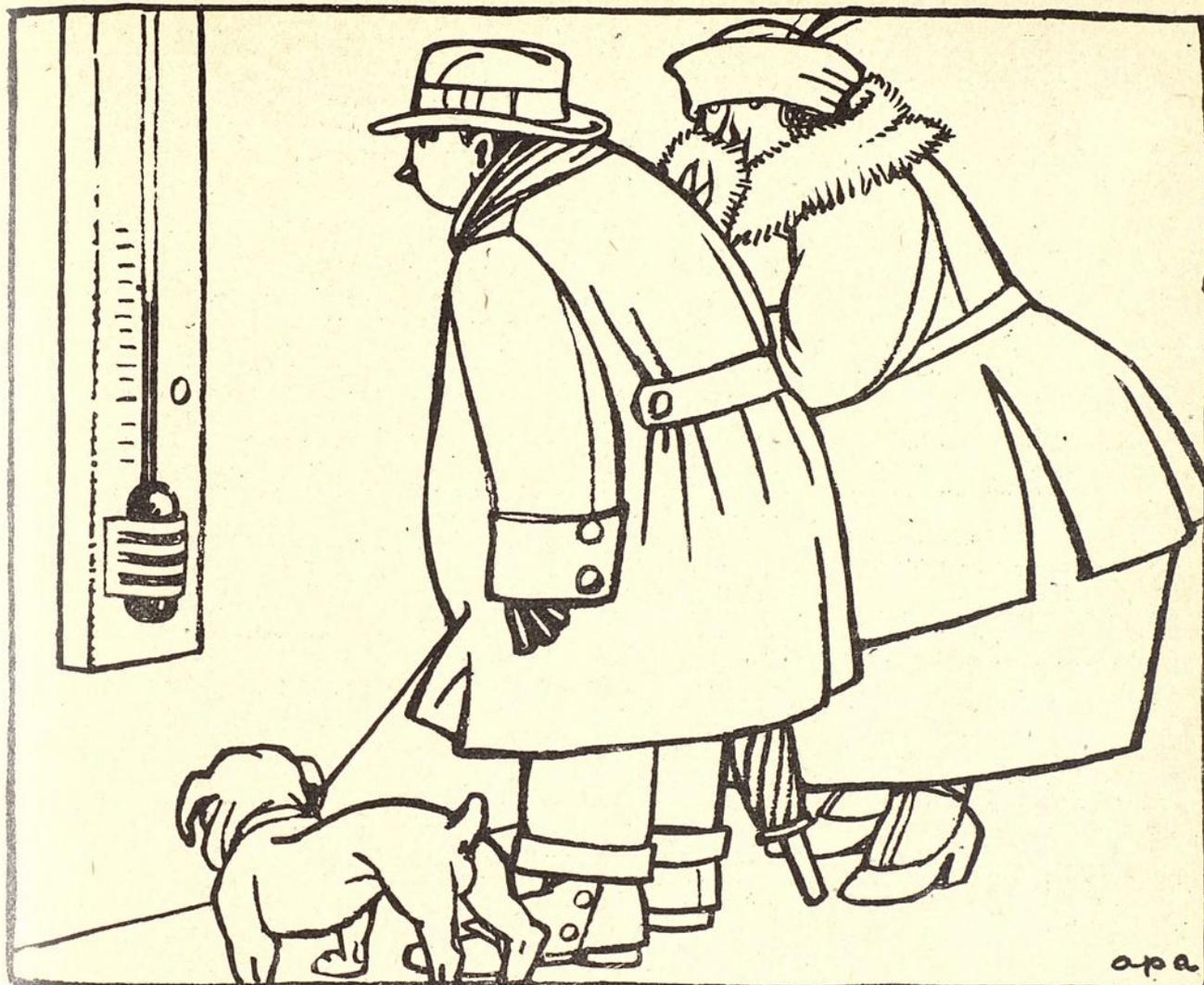
Por la goma y las tijeras, que no saben firmar,
TORRES DEL ÁLAMO-ASENJO



UN SUICIDIO EN NUEVA YORK

Dib. CASTILLO. — Madrid.

— Oye: ¿qué será aquello que baja por el aire?
— Pues es aquel pobre zapatero que se arrojó desde la azotea el año pasado.



Dib. APA. — Barcelona.

— No es posible que, con el frío que hace hoy, el termómetro marque doce grados solamente.
 — Se habrán olvidado de darle cuerda, y estará parado...

CUENTOS PINTORESCOS

LA SEÑORA DOÑA CASUALIDAD

I

Rafael levantó la cabeza, fatigado por la postura en que hacía rato se encontraba: se había acodado sobre la mesa, en la que descansaba un número de *La Esfera* abierto, del que primeramente había contemplado un buen rato los grabados, y luego terminó enfrascándose en la lectura de las hazañas tenoriles de aquel Emilio. Se puso derecho y casi inició un esperezo, que

no llegó a terminar debido al sitio en que se encontraba.

Aburrido, había paseado por varias calles y terminó, inconsciente, en la Puerta del Sol, entrando después en aquel café.

Igual le ocurría siempre. La Puerta del Sol tenía para él un imán que le atraía: ya fuera por una u otra parte, la dichosa Puerta del Sol era el término del paseo.

Nunca se pudo explicar esto el bueno de Rafael, que hasta para ir

a la clase donde se preparaba para las oposiciones había de pasar por ella, ¡y eso que no era camino directo!...

¡Sortilegio de la Puerta del Sol!...
 — ¡Caramba, y qué fresco es este Emilio! — musitó terminando la lectura del cuento.

Por una de las ventanas vió pasar por la acera un sombrero descomunal en forma de pirámide, con un hombre debajo.

— ¡Estos artistas!... — pensó.

Ya se iba a lanzar a divagar sobre las extravagancias, la *réclame* y lo grotesco de ciertas rebeldías, cuando oyó una risa femenina a su derecha, y volvió la cara.

— ¡Puñales, y qué bonita!

Ella se reía y le miraba.

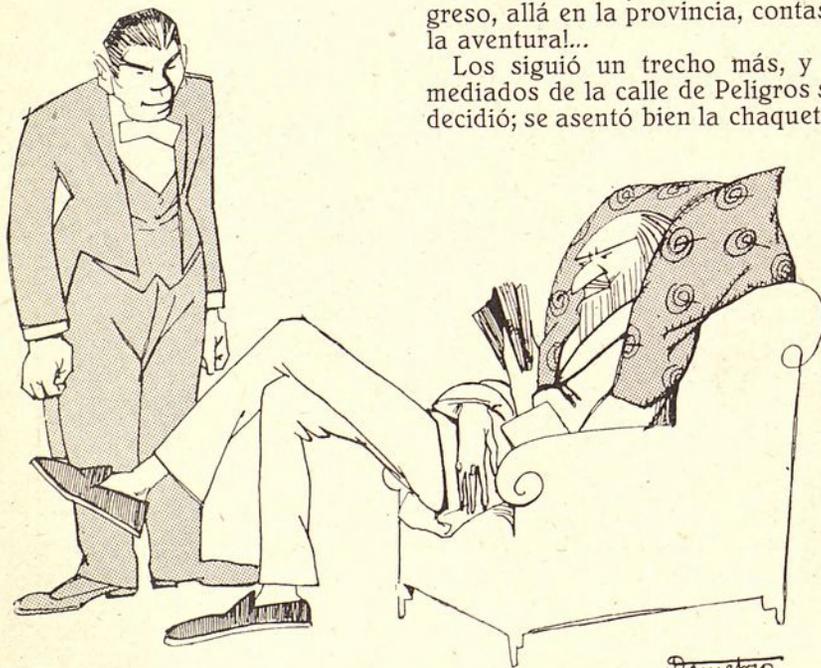
¡Pero si se reía de él! ¡Sí, sí; no había más que ver la insistencia con que le miraba al mismo tiempo que se reía!

¿Y de qué se reiría? Porque, ¡vamos!, él no tenía nada que fuese motivo de risa. ¿Mal tipo? Le asaltó la idea que preocupa a todos los que vienen a Madrid a hacer oposiciones, y de paso a conquistar duquesas. No; lo que es mal tipo, no. ¿La ropa? Tampoco. Aquel traje estaba hecho «precisamente» por un sastre de la corte.

¡Anda! ¡Y lo más bonito era que aquel adefesio que iba con ella también se reía!

Ella señalaba algo que estaba sobre la mesa — y que Rafael no veía — a su acompañante, y volvía a reírse.

El, delgado, chato, calvo..., ¡y se reía de él! Aunque, a decir verdad, quien verdaderamente se había reído era ella. El tan sólo había vuelto un poco la cabeza, porque estaba de espaldas.



DISTRACCIÓN

— Señor, el auto acaba de llegar.
— ¡Qué pelmazol... ¡Dile que he salido!

¡Qué ocurrencia! ¿Si le habría gustado a ella, como la del cuento recién leído a Emilio, el protagonista?...

Pues no era cosa de extrañar.

Rafael no sabía ya en qué postura quedar para estar más interesante.

II

Vió cómo se levantaban, y cogidos del brazo, salían; ¡y cómo ella volvía la cara y le sonreía antes de salir!

Se levantó y pagó. Ni quiso tomar la vuelta. Nunca había dado Rafael mayor propina: la vuelta de dos pesetas por un café con leche.

Más cierto de que él se llamaba Rafael. ¡Ya lo creo que ponía en práctica lo del cuentecito! ¡Y que él, cuando llegaba la ocasión, no tenía frescura, lo mismo que aquel Emilio, para urdir un achaque con que aproximarse a una persona! Pero ni de esto tenía necesidad: ¡con hacer lo mismo que el protagonista del cuentol!...

Ya en la puerta del café, vió a sus perseguidos por la calle de Alcalá. Por mucho que aligeró, ya iban doblando por Peligros. Ahora pudo alcanzarlos. ¡Y ella, siempre sonriéndole al volver la cabeza! ¡No tenía *suertecita*! ¡Cuando él, de regreso, allá en la provincia, contase la aventura!...

Los siguió un trecho más, y a mediados de la calle de Peligros se decidió; se asentó bien la chaqueta,

se puso derecho el nudo de la corbata, y los abordó resueltamente:

— ¡Caballero!... ¿Haría usted el favor?...

Los dos se detuvieron, y él hizo un gesto interrogativo.

— ¿...?

— He estado en el café de donde ustedes han salido, y... venía a que... me dispensaran el que... no les haya saludado...; soy poco fisonomista..., y, la verdad..., no quisiera pasar por descortés...

Y ella, siempre sonriéndole, mientras el marido — a través de unos quevedos que se había puesto al salir del café, y que no se sabe por qué misteriosa ley de equilibrio se sostonían en aquella parodia nasal — le miraba arrugando el entrecejo.

— ... no he querido pasar por descortés, y...

— Mire usted, joven — le atajó él, sin poder contener la risa —, no desempeñe papeles que no sabe interpretar..., y no se fie de teorías publicadas. Ese cuentecillo que ha leído usted en el café, y... que se le ha subido a la cabeza, lo he escrito yo...

— ¡¡...!!

— ... ¡Y no pasamos de aquí, porque veo que es usted un pobre papanatas que no sabe lo que se pesca! ¡¡Botarate!!

III

Nunca ha sabido Rafael lo que hizo ni dijo en aquel momento. Brumosamente recuerda que se quitó el sombrero, que quiso abofetear al hombre chato, que no lo abofeteó, que masculló una frase de no se sabe qué vocabulario...

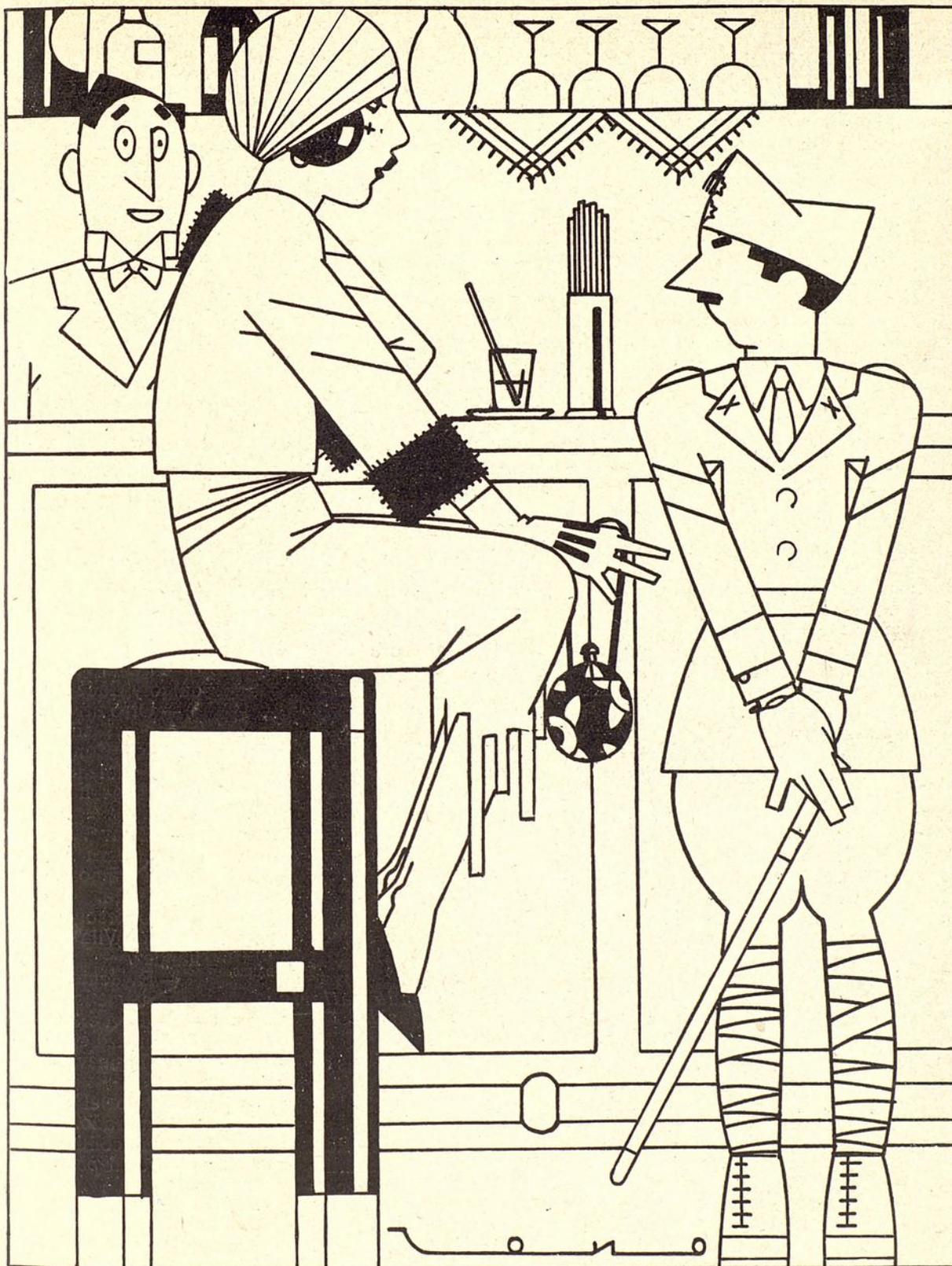
Pálido, con los brazos caídos, quedó allí, en la acera, sufriendo empellones y denuestos de los transeúntes, que le miraban y le hacían burla, mientras ella, ¡ella!, arrastraba al autor del cuento muerta de risa... Una risa que al pobre Rafael le hacía cosquillas por todo el cuerpo.

Se rehizo, se asentó bien la chaqueta, se puso derecho el nudo de la corbata, y mirando despectivamente a ellos, que ya iban a distancia, se volvió.

¿Adónde iba? ..

Por lo pronto, a la Puerta del Sol. ¡Qué sabían ellos quién era él!...

FRANCISCO DE TROYA.



- ¿De manera que ahora tienes relaciones con la marquesita?
- Sí; soy el quinto militar en lo que va de mes.
- A lo mejor es que piensa añadir un nuevo cuartel a su escudo...

Dib. TONO. — Madrid.

Del Real a la Latina, pasando por Fuencarral.

(CHISMORREO, CHIRIGOTEO, ALGO DE INFORMACIÓN Y SU POQUITO DE GUALICHEO)

PRESENTACIÓN

Servidor irrumpe en esta página, que si no es una página de gloria podrá serlo, con el propósito de que se enteren ustedes de lo que pasa en el mundillo teatral. ¿Se enteran ustedes? La Dirección de BUEN HUMOR se dió cuenta de que ese mundillo estaba abandonado y buscó un mozo. Ese mozo soy yo. No diré que un buen mozo; pero lo suficientemente sagaz para relatar de *pe a pa* (de *Pe-pe Serrano a Pa-blo Luna*) lo que acaece entre bastidores. ¡Ya verán cómo nos vamos a reír! Porque las verdaderas farsas se representan dentro (*Cienhigos*), y «cuando los histriones se desnudan es cuando se disfrazan» (*Vila*), y «donde más fuerte gritan los barítonos es en el comedor» (*Wagner*).

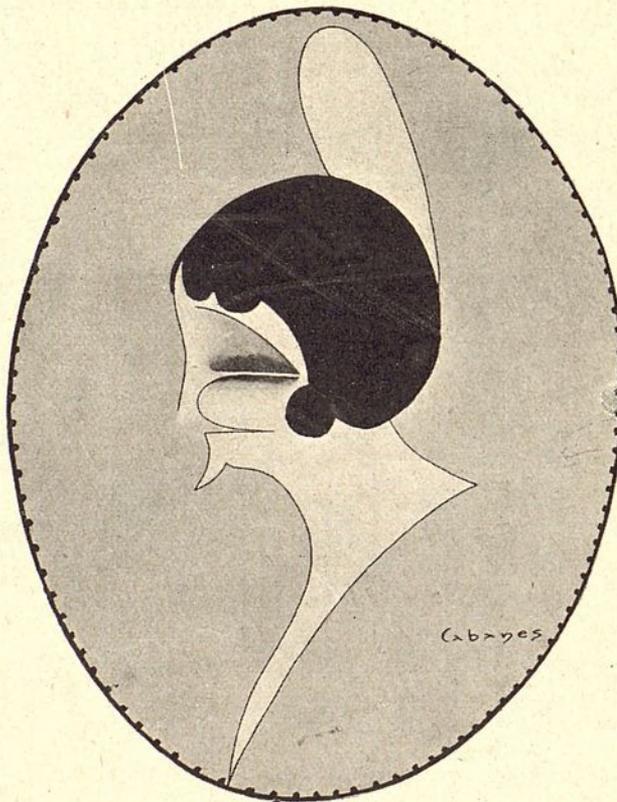
Con estas tres citas, que son como para aburrirse esperando, ponemos fin a nuestro saludo, deseándoles mucha salud (con tal de que no sea Salud Ruiz), relativa esperanza (sin relación con la de pompas fúnebres) y bastante dicha (que no sea la mencionada).



— ¿Qué hay por el Real?
 — Dos triples obesas.
 — Esto no está bien. Con dos gordas no hay bastante para el Real. Faltan cinco.
 — ¿Cinco gordas?
 — Cinco figuras. El Real es uno de los primeros teatros de ópera del mundo, y para triunfar necesita reunir, por lo menos, cuatro figuras.
 — Oiga usted, y eso, ¿no será al tute?
 — Sin *gualicheo*, pollo. Desde que le dijeron a Lázaro: «Levántate y anda...», y anda a lucir la cruz a Milán», no hemos tenido más cantante que Lauri Volpi, que no ha

dado ni un *volpi* en *questa serata*. Tenemos, claro está, a María Barrientos; pero ¿qué hacemos con María Barrientos?

— *La Tosca*, si usted quiere.
 — No es eso. Hay que traer gente joven «Renovarse o morir», como dice...



Dib. CABANÉS.

Nati la Bilbainita, estupenda bailarina que ha actuado en Maravillas.

— ... como dicen las papeletas de empeño.
 — Siga el *gualicheo*...
 — Y siga usted.
 — Decía que al tanto del Real están los restantes coliseos matritenses. Acompáñeme a ver las carteleras. Español. Ha cesado Calvo. Campaña artística y económica. La economía estuvo a cargo del público.
 — ¿Sabe usted lo que dice Calvo del Español?
 — ¿Qué?

— Pues que no le van a ver más el pelo.

— Hará bien. Le ha substituido la Gámez. Ya hablaremos. Sigamos. Princesa. *Ko... Ko... ¿Qué lee usted ahí?*

— *Ko... e... nigs... marck... ¡Koenigsmarck!*

— ¡Jesús!

— No es estornudo; es título.

— ¡Pues es un título como para hacerse bolchevique. Es una adaptación, ¿no?

— Sí. Es una adaptación y una birria. Continúe.

— Rey Alfonso. *Rirri*, otro arreglo. Infanta Isabel. *¡Que no lo sepa Fernanda!*, otro arreglo. Fuencarral. *El orgullo de Albacete*, otro arreglo... Pero ¿cómo trabajan estos autores!

— Siga, siga.

— Reina Victoria. La Hidalgo y Cadenas...

— Otro arreglo...

— No, señor. Un des-arreglo. Consuelito, que tiene violencias de tempestad, se ha *desencadenado*.

— Eslava. *Pamplinas*.

— ... para los canarios.

— Y vamos a terminar con Apolo.

— De eso ya se han encargado Vila y Pepito Fernández.

— Evidente. Y para que se vea que lo que la gente repudiaba eran las obras, fíjese usted en la semanita

que ha hecho la nueva empresa de opereta...

— ¿Qué hay por el Cómico?

— Chicote apurado...

— Eso es una colilla...

— Me refiero al *popular* D. Enrique.

— ¿Apurado?

— Sí, señor. Porque hay seis provincias que se le disputan...

— Y ¿va ir a las seis?

— A las seis y cuarenta, que sale el expreso de Barcelona, que es donde irá primero.

— ¡Todos se van!... ¿También los de Lara?

— También los de Lara. A Zamora, para tornar el sábado de Gloria.

— ¡Ojalá lo sea para el teatro español, que le está haciendo mucha falta!... ¿Qué hora tiene usted?

— Menos cuarto.

— ¡Húy, qué tarde! Me voy, que tengo forasteros y voy a llevarlos a ver algún espectáculo...

— ¿A qué teatro?

— Al cine. Hay que proteger a los autores.

— Pues no lo veo claro.

— Pues, sí, señor. Porque el mejor modo de protegerlos, hoy por hoy, es no llevar a la gente a ver sus obras.

EL LORO DEL RIN



UN PAR DE HISTORIETAS

A BUEN ENTENDEDOR...

A un soldado aragonés que salió del regimiento para servir de asistente a un capitán de Ingenieros, le dijo la capitana:

— ¡Lucas, por Dios, ese pelo!... Pero ¿no te da vergüenza? Hace tres meses lo menos que no has tenido el arranque de visitar al barbero.

¿Cuándo vas a que te corten esas melenas, so puerco? Sufrió el sermón el baturro cuadrado y mirando al suelo, y en la tarde de aquel día, y en el crítico momento en que se hallaba su jefa con visitas, el mastuerzo se asomó a la puerta y dijo, tras un breve carraspeo y con un guiño que hacía por presumir de discreto:

— Señora... ¿Quiusté que vaya a que me corten... aquello?

NO MÁS SORDOS

Un charlatán de plazuela explicaba a su auditorio:

— Señores, este específico ideal, maravilloso, cuya adquisición conviene y les aconsejo a todos, es un remedio admirable, inconcebible y heroico

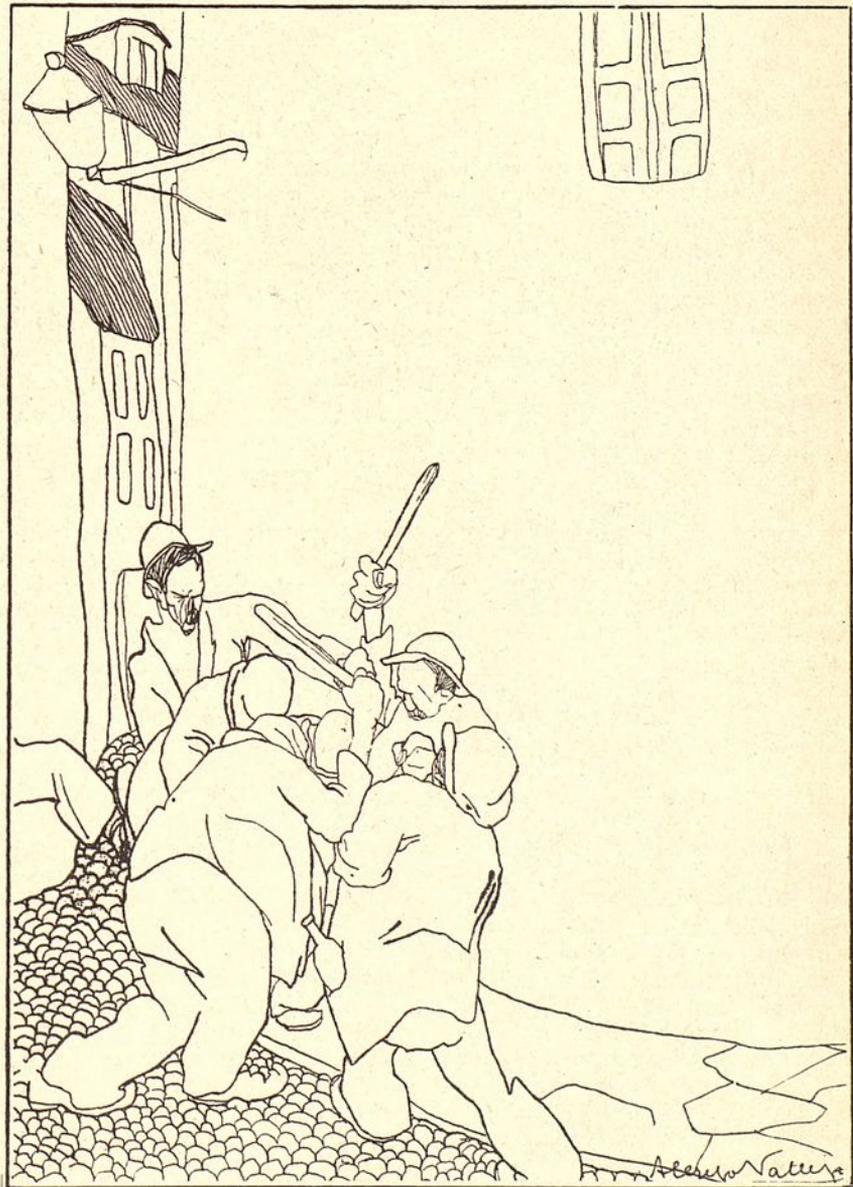
para curar la sordera y arreglar tímpanos rotos. Por sordo que sea un hombre, no importa: coge estos polvos, se frota bien los oídos, y en diez minutos tan sólo se encuentra en disposición de oír andar a un microbio. ¡Esto es el colmo, señores! ¡Señores, esto es el colmo! ¡Veinte sordos, veinte curas! ¿Hay nada igual en el Globo?

— ¡Vaya una cosa que dice! — exclamó un joven del corro — Yo he visto más.

— ¿Más? ¿En dónde? ¿A quién? ¿Con qué? ¿Cuándo? ¿Cómo?

— Sí, señor, sí: en una iglesia de una ciudad que no nombro, que tiene veintitrés curas, ¡y los veintitrés son sordos!

RAMÓN LOPEZ-MONTENEGRO.

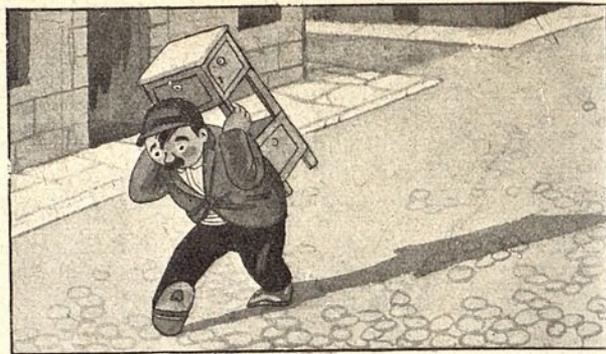


Dib. CEREZO VALLEJO. — Pamplona.

Un escándalo como para despertar a todas las viejas del barrio, ¡y aun no saben el motivo de la reyerta!...



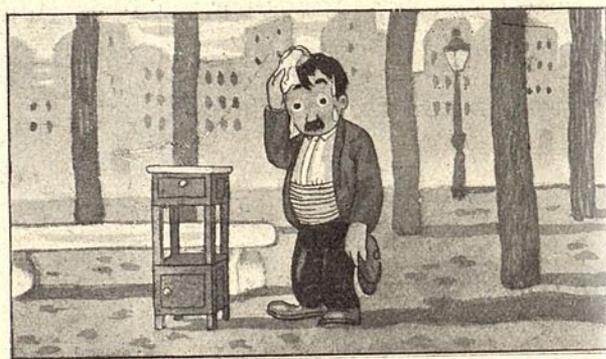
1. — ¡Pues, señor, que ya estoy cansado de andar con este trasto, dando vueltas y más vueltas!...



2. — ¡Hay que ver lo que es llevarlo encima casi desde que amaneció!...



3. — ¡Buenol... Al principio no pesaba; pero ¡lo que es ahora!...



4. — ¡Cualquier día aceto yo otro encarguito como éste!...

INFORMACIÓN TELEGRÁFICA DE "BUEN HUMOR"

NOTICIAS DE PROVINCIAS Y DEL EXTRANJERO

Caso asombroso de fecundidad. Lugo, 12. — Anoche ha dado a luz la esposa de un cabo de la Guardia civil de este puesto la friolera de cuatro niños gemelos.

Tanto la madre como las criaturas se encuentran en perfecto estado de salud.

El que se ha puesto malísimo de resultados del parto, ha sido el padre.

Parece ser que la esposa del cabo es reincidente, es decir, que hace nueve años dió también a luz cuatro gemelos, que por cierto hoy están prestando servicios de *botones* en un Continental de ésta; lo cual quiere decir que los pobres niños no tienen suerte, pues el hecho de ser gemelos al nacer y botones a los nueve años demuestra que, lejos de progresar, han venido a menos.

A instancias del sargento, han

hecho los compañeros del cabo una suscripción para aliviar en lo posible la situación del desgraciado padre, al que nosotros recomendamos resignación, recordándole una máxima que dice que «cuando una cosa mala tiene que suceder, sucede al cabo»...



Fuga de vocales. — Alicante, 12. Ha desaparecido de esta población la Junta directiva de la Asociación de Alquiladores de Botes del Puerto, llevándose la cantidad de cinco mil pesetas, que constituía el fondo social.

Los únicos que no han intervenido en este sucio negocio han sido el presidente y el secretario, por lo cual el suceso ha quedado reducido a una fuga de vocales.

En Madrid sabíamos ya que cier-

tas Juntas directivas chupaban del bote; pero en Alicante el hecho ha sido mucho más bochornoso, porque han chupado de todos los botes que había en el mar.

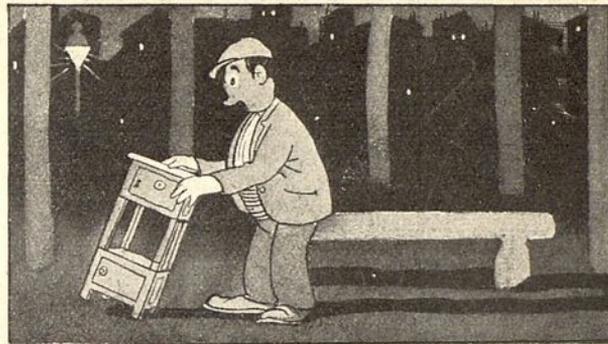


Envenenamiento extraño. — Nápoles, 12. — Acaba de ocurrir en esta capital un sorprendente suceso, que constituye hoy el tema de todas las conversaciones y que ha llenado de confusión a varios médicos eminentes, pues se trata de un caso no previsto en la Patología.

Una familia numerosa, domiciliada en la piazza de Torini, quiso celebrar la fiesta onomástica de uno de sus miembros con una cena espléndida, en la que figuraba como plato selecto un guiso de setas con jamón.



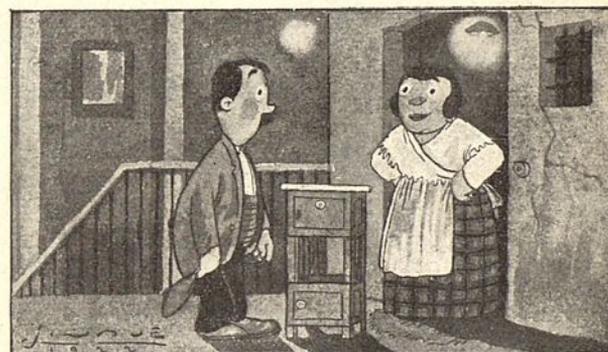
5.— (El pobre Celipe estaba tan rendido, que al fin se durmió.)



6.— ¡Caray! ¡Ha cerrado la noche! Sólo falta que haya hecho lo mismo la portera.



7.— ¡Es usted una tortuga andando!... ¡Catorce horas para traer una mesita!...



8.— ¡Claro! Me dijo el señorito: «Lleva esta mesita de noche...» ¡Y he estado haciendo tiempo!

Dib. LINAGE. — Madrid.

A los pocos momentos de haber comido el citado manjar, sintieron todos los comensales síntomas atroces y evidentes de envenenamiento; y llamados con urgencia cuatro doctores, dictaminaron que lo que habían ingerido los infelices pacientes no eran setas, sino hongos.

Pero, con gran sorpresa de los médicos, y cuando éstos se disponían a redactar catorce certificados de defunción, notaron que los síntomas de intoxicación degeneraban en señales inequívocas de borrachera, y a los dos o tres minutos era indiscutible que todos ellos estaban en posesión de unas curdas formidables, sin precedente en la Historia.

¿Qué había pasado?

Una cosa sencillísima: los hongos, conscientes de su misión, se les habían subido a la cabeza..., y una vez allí, de hongos habían pasado a ser papalinas...

Excusado es decir que es la primera vez en la vida que se ha visto que de un plato de setas salgan

catorce *tajadas* gigantescas, cosa superior, a nuestro juicio, al milagro de la multiplicación de los panes y de los peces.

Y excusado también es añadir que, además de los médicos, hubo que llamar a los guardias.

Uno de éstos resultó herido en la refriega; pero, afortunadamente, no hubo desgracias *personales* que lamentar.



Un «début».— Cuenca, 12.— Anoche debutó en el teatro de esta población una compañía mixta de comedia y opereta.

Asistió escasa concurrencia.

Bien es verdad que los carteles anunciaban que se presentarían con *El barbero de Sevilla* y *La barba de Carrillo*, y el público pensó, seguramente, que para presenciar un servicio de peluquería de a cero cincuenta con propina, no valía la pena de salir de casa.



Experimento curioso.— Burdeos, 12.— El ilustre doctor naturalista monsieur Fils de Renard acaba de realizar ante sus discípulos y ante varios eminentes compañeros de la Academia de Ciencias, un curiosísimo experimento.

Ha consistido éste en obtener de una cigarra la inmediata postura de veinticinco huevos, a los cuales ha dado vida el doctor por un procedimiento secreto de incubación artificial, logrando en doce minutos el perfecto nacimiento de veinticinco cigarrillos.

Parece que el doctor proyecta repetir este experimento, con el fin de vender los cigarrillos en paquetes de veinticinco y a cincuenta céntimos.

Y sabemos que la Tabacalera española piensa pedir un Arancel protector para evitar la ruinosa competencia que se le avecina.

Por la inserción de los telegramas,

ERNESTO POLO.

CAÑO LIBRE



A tomando forma y consistencia el Ministerio del Trabajo. ¡Todo era proponérselo!

Cuando se creó, parecía que no tenía objeto y que no iba a servir para nada; pero quita este Negociado de aquí y arranca aquella Dirección de allá, a estas horas tiene ya tantos asuntos como el primero, y ya no habrá fuerzas humanas que lo supriman.

Y por si acaso con la *transferencia hecha* por los otros Ministerios no bastara para justificar y afianzar la existencia del nuevo, el señor ministro inventa organismos que estaban haciendo mucha falta. El último tiene un título que no puede ser más simpático.

Se llama Instituto de Reeducación Profesional, y en cuanto se ha anunciado, han llovido sobre él los elogios de toda la Prensa que ama la cultura. ¡Ahí es nada! ¡Un Instituto de Reeducación Profesional! ¿Cómo habrá podido España vivir hasta ahora sin un Instituto de Reeducación Profesional?

¿Hay nada más interesante? ¡Un delicioso y abundante plantel de profesores, oficinistas y ordenanzas... que al año que viene constituirán una sufrida clase más y habrá que subirles el sueldo!

¿Cuántas Sociedades extranjeras actúan en España?

Deben de ser docenas de miles, porque en todas las notas oficiosas de los Consejos de Ministros, sin faltar una, hay siempre un párrafo que dice: «Se examinaron varios expedientes de fijación de capital de Sociedades extranjeras.»

Que han ocurrido sucesos transcendentales y se espera una crisis, que hay o deja de haber complicaciones en Marruecos, que se están acoplando los presupuestos, que se están discutiendo los Aranceles... Pues bien: cuando el público cree que de la reunión de los consejeros de la Corona va a salir algo importante y compra con ansiedad los periódicos, se encuentra irremediablemente con que todo ello no ha sido nada y con que se han examinado varios expedientes de fijación de capitales.

¿No opinan ustedes que esa labor debía ser de cuenta de cualquier Negociado de tercer orden? Pues es del Consejo de Ministros.

¿Y alguna razón habrá para que no se retrase ni se olvide nunca!



Las sesiones del Ayuntamiento han llegado a un grado de sinceridad que encanta. Allí no se andan los concejales con eufemismos ni con paños calientes. Se acusan los unos a los otros de crear empleos e inventar destinos en beneficio propio o de sus amigos y parientes,



VISITA DE HOSPITALES

Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¿Dónde le hirieron a usted, en el Arbaa o en Tikermín?

— Mi general, no sé decirlo con palabras finas... Me hirieron en la tripa.

y ni intentan disculparse, ni se les cae la cara de vergüenza.

No hace muchos días, con motivo de la provisión de un carguito nuevo, saltó un edil y dijo:

— Pero ¿a qué estamos aquí discursando en balde? ¡Si todos sabemos que ese cargo es inútil, y se inventa para que se coloque en él con un sueldo decente uno de nuestros compañeros, a quien corresponde cesar ahora, y no quiere marcharse sin asegurarse la existencia y dejar esa pequeña huella en el presupuesto!...

¿Qué creerán ustedes que hicieron los otros concejales? ¿Protestar? ¿Indignarse? ¿Arrojar a punta-piés al que pretendía explotar cínicamente a los que le eligieron?

¡No, señores! Votar el dictamen creando la plaza por una abrumadora mayoría.

¡No hay otro pueblo como el de Madrid para llevar albarda!



A consecuencia de esta broma y de otras parecidas, el presupuesto de gastos municipales, que se andaba no hace mucho alrededor de los treinta millones, llegará a los cincuenta en el próximo ejercicio, y a los sesenta en el siguiente, si Dios no lo remedia.

Porque esos empleos que se inventan no son honoríficos, y, por consiguiente, hay que dotarlos sacando el dinero de donde buena mente se pueda.

Por ejemplo: para que ese señor disfrute de una pensión vitalicia y los parientes de los otros señores que la votaron hagan frente a las actuales circunstancias económicas, los comerciantes de Madrid pagarán una contribución por escaparates y los vecinos otra por miradores. Sin perjuicio de que luego, en cualquier reunión del Consejo, se pronuncien unos cuantos discursos en pro del abaratamiento de las viviendas.



He leído con asombro y con gusto que el maestro Serrano (Pepe) va a escribir una jota.

La historia de esta jota que va a escribir el maestro Serrano es sentimental y casi patética.

Parece ser, según el periódico que da la noticia, que el ilustre autor de *La reina mora* tuvo en cierta ocasión una pena muy gran-

de que no se le quitaba con nada. En su tribulación, acudió al Pilar de Zaragoza, rezó ante el altar de la Virgen, y en el acto se curó de la pena. En agradecimiento a este milagro, pensó escribir la jota, que se cantará, si está concluida para entonces, en las fiestas de octubre próximo.

Claro que a la Virgen le parecerá bien el obsequio; pero no me chocará que cualquier noche se le aparezca al maestro en sueños y le diga:

— Pero ¿por qué adquieres estos compromisos, Pepe? ¿Tú no te acuerdas de que hace casi un cuarto de siglo prometiste acabar *La Venta de los Gatos*? Pues ¿por qué haces este nuevo desaire a los Quintero, si conmigo estabas cumplido?

SINESIO DELGADO.

¡Pícaras lentejuelas!...

En la Cuaresma, la gente que con gran resignación a la santa religión se manifiesta obediente, deja corderos y vacas y, llena de buena fe, se entrega al potaje de lentejas con espinacas.

Comiéndolas se encanija cualquiera, y hasta parece que el paladar se estremece y el vientre se desvencija, quizás por ser habitadas por inquilinos oscuros, que esconden sus cuerpos duros en bóvedas aplastadas;

hogar estrecho y barato, pero en el que a gusto yacen, pues por él no satisfacen impuesto de inquilinato.

Contienen hierro (y no flojo), según el doctor Clavijo; pero, aunque en ellas me fijo, no sueltan un mal cerrojo; y excitan mi mal humor desde que las veo entrar en casa hasta que, al cenar, las doy paso al interior;

pero como en adelante han de ser manjar corriente de la mesa deficiente de este autor extravagante, en la cual (¡voto a Charlot y a las cabillas del Rífl) substituyen al rosbif y al biftec y al entrecot, ante ellas me postraré con un respeto profundo

(lo que ante nada del mundo hice, ni hoy hago, ni haré), y no con versos brillantes, sino con pobres coplejas, bendiciré a las lentejas y a todos sus habitantes.

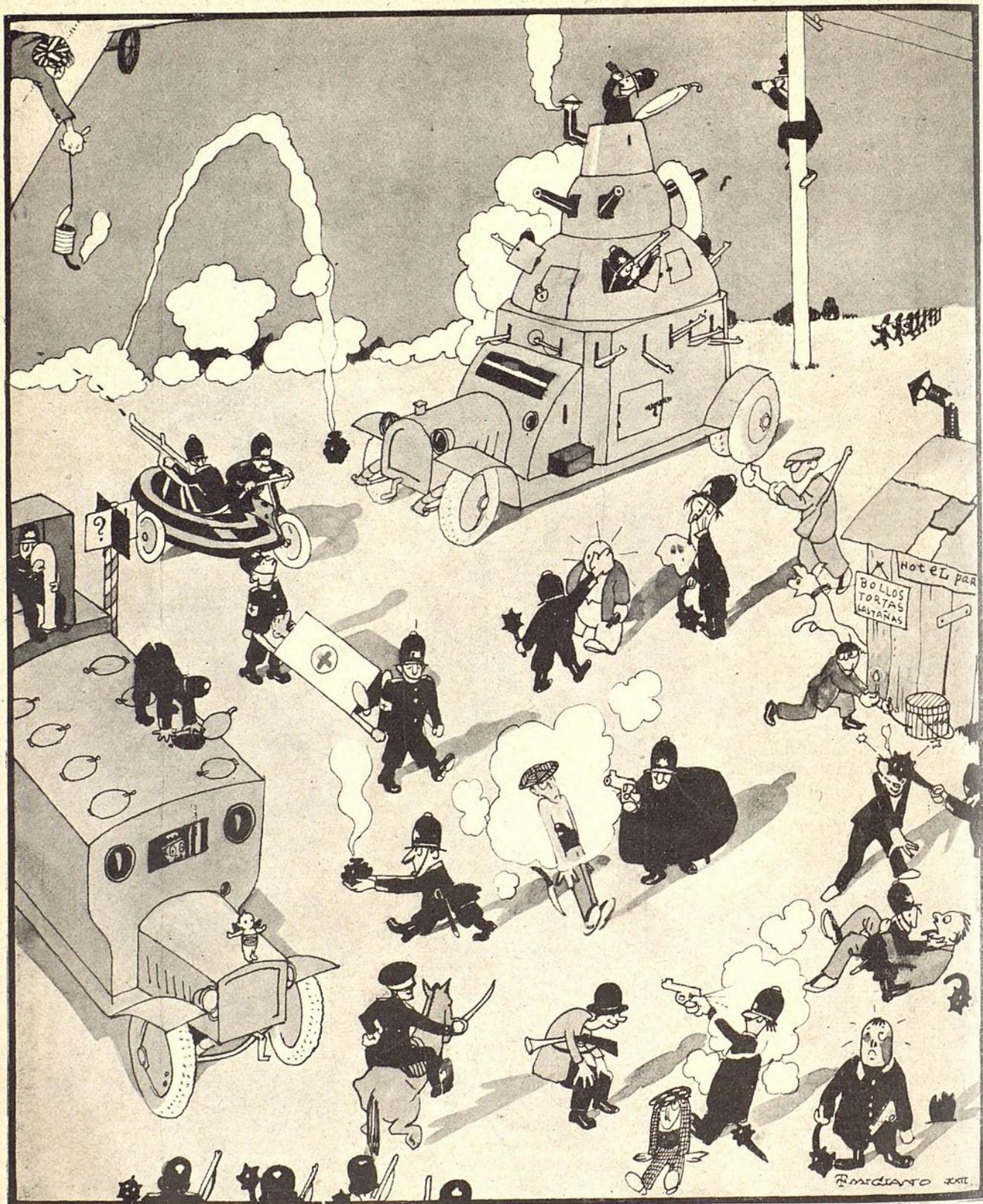
¿Se merecen tal honor? ¡Qué se le han de merecer!... Se lo digo para ver si me caen así mejor.

Y lo haré perpetuamente... hasta que el Gobierno diga (viendo hueca la barriga del feliz contribuyente) que, sin martingalas bufas y evitando nuevas quejas, se nos vendan las lentejas menos caras que las trufas.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



— Oye, Arturo: ¿qué edad tiene la marquesa?
— No lo sé; porque le sucede lo que a su Hispano, que marca 32, pero hace más de 60...



LOS PROCEDIMIENTOS POLICÍACOS ULTRAMODERNOS

Visión fantástica de una epopeya heroica.

Dib. TEODORO N. MICIANO. — Sevilla.

"PARAÍSO - SALÓN"

El «Paraíso-Salón» era un original limpia-botas, puesto a todo lujo, que estaba instalado en el mejor sitio de la calle de Alcalá.

Se trataba de un amplio salón, todo cubierto de rojo y magníficamente amueblado. Echábanse por una rendija veinte céntimos, se arrellanaba el cliente en cómoda butaca frente a un pupitre color crepúsculo, introducía los pies por unas ranuras puestas *ad hoc* a la altura de las mencionadas extremidades, y un limpiabotas invisible dejaba el calzado más brillante que el mismo sol.

Al mismo tiempo, la orquesta de *tziganes*, ataviados de rojos fraques, ejecutaba, para solaz del dulce mortal que a aquel agradable lugar concurría, lo más variado de su selecto repertorio.

En el fondo existía un diminuto escenario, por el que desfilaban las artistas más en boga de las *variétés*. Por dos perras gordas limpiaban las botas y había derecho a ver las *estrellas*. Aquello era un edén, una especie de sucursal del Paraíso terrenal.

Pero aun había más. En combinación con la Lotería Nacional, se sorteaban mensualmente mil premios entre sus favorecedores, haciendo magníficos regalos a la clientela, consistentes en preciosos filtros para el agua, maquinillas de afeitar y otros objetos de arte.

Se comprenderá fácilmente que, ofreciendo estas ventajas, el «Paraíso-Salón» no podía tener competencia posible. Todos los establecimientos similares que existían en Madrid tuvieron que cerrarse, y sus propietarios, unos se suicidaron y otros se encuentran — cosa natural en comerciantes de betún — en la más negra de las miserias.

¿Quién era el que explotaba aquel negocio? No podía ser un cualquiera, pues para instalar el salón con la magnificencia que estaba puesto, hacía falta muchísimo dinero. ¿Sería algún príncipe, algún nabab, el propietario de todo aquello?

Vamos a calmar la justa curiosidad del lector. Por motivos que no son del caso, hemos logrado enterarnos. El dueño del «Paraíso-Salón» era nada menos que el excelentísimo señor marqués de Mesa Redonda, ese noble prócer al cual tanto ama el pueblo de Madrid por su buen corazón. En un momento de confidencias nos lo ha confesado el simpático marqués, encomendándonos el mayor secreto:

— Sí, yo soy el amo del «Paraíso-Salón». Verá usted el origen de ese negocio. Yo estaba apenado por la situación en que se hallaban varios nobles, amigos íntimos míos. El conde de Fuenlabrada, el duque de la Trucha, el marqués de Santa Librada, entre otros, tenían muchos títulos, pero muy poco dinero. Mi deseo hubiera sido socorrerlos dándoles algunas cantidades; pero su delicadeza se sentiría herida si yo hiciese semejante cosa. Un noble no puede vivir de limosna.

— Naturalmente.

— El trabajar, tampoco puede ser. Los que llevamos sangre azul en las venas, no podemos tomar un empleo cualquiera, por mucha falta que nos haga. Nuestro rango no nos lo permite. Se murmuraría mucho. ¡Un marqués, empleado del Catastro!...

— Tiene usted razón. No es posible.



Dib. CE-EME-ESE. — Madrid.

ELLA. — No, Tito..., me es imposible aceptarte, puesto que tú no tienes aún posición que ofrecerme, y yo tengo tres muñecas que mantener.

— Entonces fué — prosiguió el marqués de Mesa Redonda — cuando se me ocurrió socorrer a mis amigos sin inferir un agravio a su dignidad. No los socorro, les doy un empleo, del cual pueden sacar el diario sustento. Porque estando el individuo encargado de lustrar el calzado oculto detrás del pupitre ante el cual está sentado el cliente, y siendo completamente invisible para éste, muy bien puede ser el anónimo limpiabotas, en vez de un profesional, un individuo de regia descendencia. Y pensado y hecho. Alquilé el local y lo amueblé. Todos mis amigos aceptaron encantados este modo de ganarse unas pesetas, y lo que instalé por hacerles un favor, me va a resultar un negocio que produce beneficios y todo.

— Sí, está bien — dijo la condesa de las Ocho Torres, que escuchó la conversación —; pero ese empleo me parece bajo para un noble.

— En efecto — repuso el marqués —: el oficio de limpiabotas es bajo; pero no me negará usted, mi querida condesa, que es muy brillante y da mucho lustre.

Esta es la historia del «Paraíso-Salón».

Luis ESTEBAN.

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

MASSAGUER



UBA ha puesto recientemente sobre su inquietud financiera — reflejo de la inquietud económica de Europa y América después de la guerra — la sonrisa de sus dibujantes.

En La Habana se inauguró el primer Salón de Humoristas, que contenía, como los de París y Madrid, la diversidad, la fantasía y la sátira multiformes.

Caricaturistas, ilustradores, cartelistas, fantasistas, todos cuantos dibujantes caben bajo la amplia denominación de *humoristas* — que sólo discuten los beocios y los autointoxicados biliares —, dignos de competir con sus coetáneos de otros países, han ido destacándose en las revistas, en los diarios políticos, en las exposiciones, en los anuncios. Y hoy día Cuba, en un Salón Internacional de Humorismo, ostentaría indudablemente una de las primeras categorías.

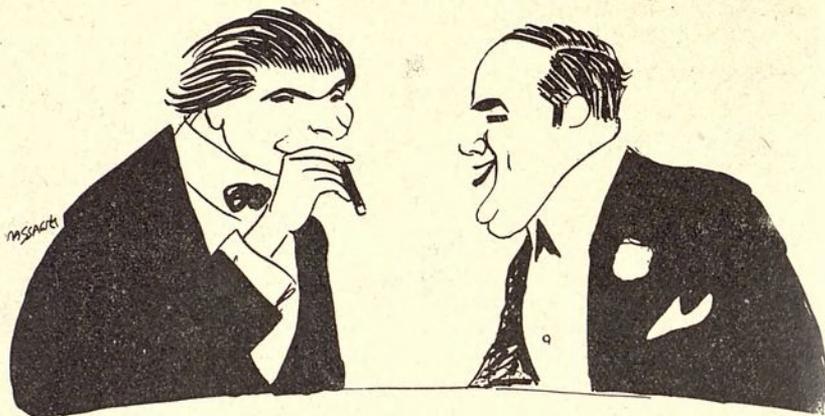
Están algo lejos los cuadros costumbristas de Landuce, las sátiras políticas de Cisneros o de Peoli.

Incluso Torriente y su personaje *Liborio* — esencialmente, medularmente popular, de un guajirismo representativo —, aunque alternen con los modernos humoristas, parecen de otra época. Son, como en todas las naciones ahora, los jóvenes quienes señalan la arrogancia triunfal de los esfuerzos coincidentes y consolidados.

Massaguer, deliciosamente frívolo, censor benévolo de los ambientes felices y sus polichinelas atractivos; García Cabrera, emparentado por la técnica y la ideología con los grandes ilustradores de España y la Argentina; *Sirio*, el implacable personalista que disecciona las almas con trazos que tienen una certeza aguda de bisturí o de escalpelo; Blanco, genialmente rebelde a la complacencia ajena, de una feroz agresividad que hace pensar en los comienzos de nuestro Sancha y del portugués Leal da Cámara, pero más simplificador, más esquemático, sin perder nada de su amargura interior; *Carlos*, que simultanea, afortunado, la caricatura personalista con el preciosismo a lo Manuel Bujados; Valls, fastuoso decorador, maestro en las artes del cartel; Lillo, graciosamente intencionado; Valer, caricaturista regocijadísimo, creador de esos cuadros ciudadanos, de esas escenas panorámicas y multitudinarias a la manera de Capy y Pierre Lissac, en Francia, o de Xaudaró, Tito y Antequera Azpiri, en España; Riverón, desarticulado voluntariamente, de una simplicidad y una hilaridad de trazos extraordinarios; Dalmau, que lanza su esquite de ensueño por la estela que dejó el misterioso Aubrey Beardsley...



Conrado Massaguer es el caricaturista mimado al mismo tiempo por el éxito legítimo, la fortuna perma-



GARCIA SANCHIZ Y MASSAGUER

nente y el público, al que ofrece sus espejos de una deformación benevolizada por un *chic* frívolo.

Debimos titular esta semblanza: *Massaguer, o la felicidad que no se hizo esperar*. Porque todo sonríe al juvenil maestro desde muy pronto y con una prolongada seguridad. Fundador y propietario de una de las más poderosas empresas editoriales cubanas, dirige personalmente tres grandes revistas, como *Social*, *Carteles* y *Cinelandia*, además de la revista infantil *Pulgarcito*, que podía y debía servir de modelo en su género; forma parte de las primeras entidades artísticas y aristocráticas de La Habana, organiza el Salón de Humoristas, interviene en las Sociedades deportivas, y conserva su apariencia muchachil, su aspecto de mozo, un poco rechoncho, pero siempre alegre, enamorado y cordial.

Así, toda su obra está iluminada de optimismo sonriente. Sus modelos habituales son los victoriosos en la vida. Artistas, escritores, actores, deportistas, que el éxito aupa en la propia Cuba o a ella les empuja desde las flotantes fronteras; damitas hijas de millonarios y de políticos influyentes, grandes industriales, hombres de Club y de despacho ministerial. Y siempre la línea respondiendo a ese ejemplario externo de los tipos y a la intranscendencia íntima de la mayoría.

Por eso sus caricaturas personales — muy modernas, muy simplificadoras, muy estilizadas — no tienen la agresiva fiereza de las de Blanco o la implacable ferocidad de las de *Sirio*. Son amables, benévolas, cariñosas...

Apresurémonos, sin embargo, a decir que esta sutil elegancia del arte de Massaguer no le empequeñece, no le inferioriza. Pensemos, por ejemplo, en Carlos Dana Gibson, que siendo uno de los primeros dibujantes del mundo, lo es también de *su mundo*, aristocráticamente banal.

Massaguer, a veces, bajo su estilo de buen tono, enseña la garra a los jovencitos cacoquímicos que en todas las sociedades del universo ostentan su cretinidad blasonada y perfumada; Massaguer, cuando traza la silueta de un artista, de un hombre de talento, acusa una complacencia que no siempre hay en sus *charges* de políticos, de banqueros y negociantes.

Bernardo Barros, que le conoce bien, con esa fraternidad que suele ligar a un hombre de letras y a un dibujante cuando se comienza la ruta hacia la gloria lejana, dice de él:

«Sin saber por qué, la sonrisa de Massaguer, cautivadora y juvenil, se busca en el teatro, en los salones, en las tardes luminosas, mientras el sol dora las cosas y bajan por San Rafael o por Obispo las muchachas aristocráticas, elegantes y bonitas, que quieren curiosarlo todo desde el cómodo asiento [de una *limousine*.»



No es ésta la primera vez que escribimos acerca de Conrado Massaguer. Su personalidad simpática, su ímpetu emprendedor y jubiloso nos agradó siempre.

Hace diez años, ya le descubrimos la edad a sus admiradoras. Entonces no le importaba aún. Ahora, tal vez a su coquetería de buen mozo, de *noceur charmant*, le preocupe se repita que nació en Cárdenas el año 1889.

«Como *Caran d'Ache* — dijimos cuando la primera indiscreción biográfica —, aprendió la seguridad espontánea de la línea dibujando caballos. Fué durante su época de escolar en *The New York Military Academy*. Tenía quince años, era *teniente de cadetes*, y de los caballos pasó a dibujar profesores, con una malicia y una precisión fisonómica en que había la anticipación de su futuro arte. En 1906 empezaron a publicarse sus caricaturas en un periódico de Monterrey (Méjico). Eran todavía incorrectas, inseguras, sin esta perfección lineal que tienen las actuales del *Figaro* y *Letras*. Padecía la influencia francesa y alemana, como después, ya en La Habana, conviviendo la vida más norteamericana que española, había de pasar bajo el simpático optimismo humorista de los dibujantes neoyorquinos. De aquélla como de esta influencia no queda casi nada en las caricaturas actuales de Massaguer. Se cumple la misma maravilla de resurrección que en las demás manifestaciones del espíritu cubano. Con



DOCTOR ALFREDO DE ZAYAS

la libertad surge la raza, y así como en los libros el alma y el ambiente cubanos van teniendo un personalismo de que antes carecían, el arte cubano de Massaguer, dentro de la modernidad del procedimiento, resulta indiscutiblemente personal.»

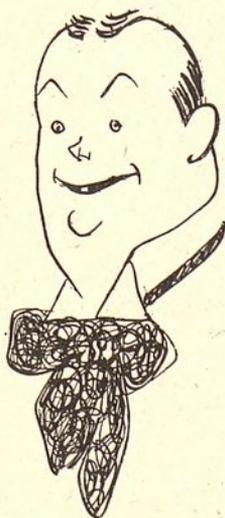
Han pasado diez años. Massaguer, que entonces ya tenía una reputación, que colaboraba en las principales revistas, que había celebrado en el Ateneo de La Habana su primera exposición y creado en Cuba el arte de la propaganda industrial por medio del cartel artístico, no había fundado aún su Instituto de Artes Gráficas, no había adquirido ese prestigio mundano paralelo al estético que hoy disfruta.

No era todavía el director de *Social*, la revista inconfundible y admirable; no tenía esa curva que los deportes contienen en el punto preciso para que la esbeltez de *gentleman* no se pierda. Pero tenía ya la sonrisa feliz, el entusiasmo contagioso y el espíritu de cordial camaradería que le evita, afortunadamente, el acíbar ajeno en la gloria propia...

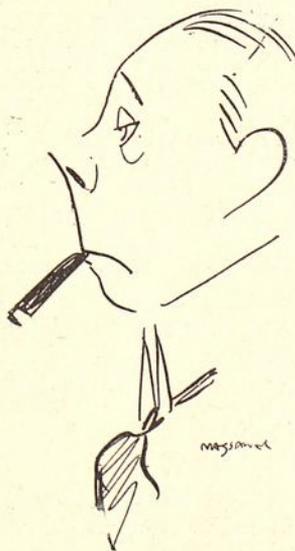
José FRANCÉS.



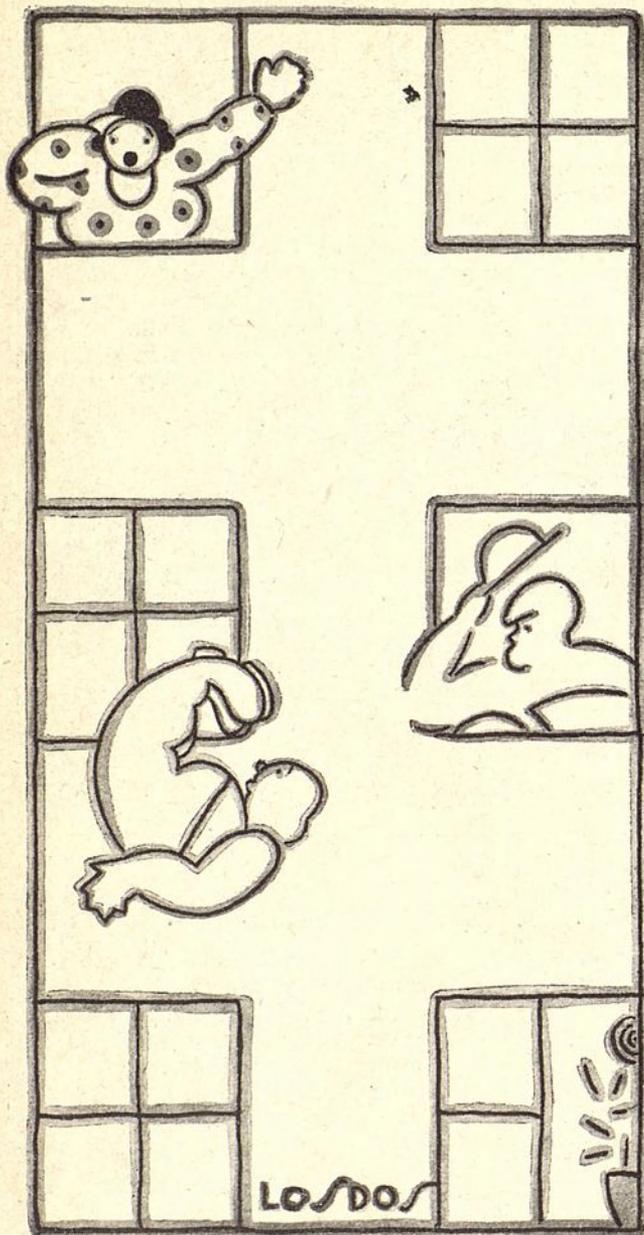
BORRÁS



ORTAS



DÍAZ DE MENDOZA



ADVERTENCIAS ÍNTIMAS

Dib. Los Dos. — Coruña.

EL ETÉREO. — ¡No me aguardes para comer, rica!..

GRAGEA

Con las pieles de ciertos animales se hacen abrigos muchas señoras, y con la piel de ciertas señoras se abrigan muchos hombres.



Me da lástima ver a los necios marchar por la vida. Yo sé que el

día que tropiecen y se caigan, al apoyarse con las manos en la tierra, se van a quedar así para siempre.



Es triste pensar que hay gente que se duerme oyendo música y se despierta con despertador.



Esas mujeres maquilladas debían llevar un letrerito: «¡Cuidado con la pintura!»



Los que llevan el pelo como pegado a la cabeza, ¡no se les caerá el pelo, no!

SATIRICÓN

EL BUEN HUMOR DE NUESTROS CLÁSICOS

A un zapato muy grande de una dama.

¿Quién eres, celemin? ¿Quién eres, fiera?
¿Qué pino te bastó de Guadarrama?
¿Qué buey que en Medellín pació la grama
te dió la suela en toda su ribera?

Eres, ramplón, de Polifemo cuera,
bolsa de arzón, alcoba o media cama.
Aquí de los zapatos de mi dama,
que me suelen servir de bigotera.

¡Oh zapato cruel! ¡Cuál será el anca
de mula que tiró tal zapateta!
¡Y aun me aseguran que el talón le manca!

Pues no te iguala bota de vaqueta,
este verano voy a Salamanca
y te pienso llevar para maleta.

LOPE DE VEGA

Soneto.

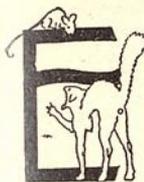
Dentro de un santo templo, un hombre honrado
con grande devoción rezando estaba;
sus ojos hechos fuentes, enviaba
mil suspiros del pecho apasionado.

Después que por gran rato hubo besado
las religiosas cuentas que llevaba,
con ellas el buen hombre se tocaba
los ojos, boca, sienes y costado.

Creció la devoción, y pretendiendo
besar el suelo al fin (porque creía
que mayor humildad en esto encierra),
lugar pide a una vieja; ella, volviendo,
el salvo honor le muestra, y le decía:
¡Besad aquí, señor, que todo es tierra!

HURTADO DE MENDOZA

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL PERRO QUE HABLA,
por Jules Moinaux.

En los tiempos en que los animales hablaban!, dijo el fabulista. Según esto, los animales han hablado; y si han hablado, ¿por qué no hablan todavía?

No hay por qué reírse de la afirmación que hizo un tabernero que creyó firmemente oír hablar a un perro, animal reputado por su inteligencia. Todo el mundo sabe que un perro, si se le instruye, juega a las cartas, al dominó, y suele ganar a sus adversarios; y siendo así, ¿por qué no ha de poder aprender a hablar?

Esta es la explicación de su credulidad dada por el querellante, y que regocijó al auditorio que asistió al proceso de estafa sometido al conocimiento del Tribunal.

EL PRESIDENTE (al querellante). — Usted es un hombre demasiado crédulo...

LATRONCHE (el querellante). — Le advierto, señor presidente, que los parroquianos que había en mi casa lo creían también.

EL PRESIDENTE. — ¿Que el perro del detenido hablaba?

LATRONCHE. — Sí, señor. Igual que una persona.

EL PRESIDENTE. — ¿Ha sostenido usted alguna conversación con él? (Risas.)

LATRONCHE. — ¡Oh, no! ¡No tanto!...

EL PRESIDENTE. — Entonces, ¿qué es lo que dijo?

LATRONCHE. — Verá usted. El señor Pivot (el detenido) entró en mi establecimiento con su perro, que era un perro de aguas.

EL PRESIDENTE. — ¿Usted lo conocía?

LATRONCHE. — ¿Al perro?

EL PRESIDENTE. — ¡Al detenido!

LATRONCHE. — No había visto nunca a ninguno de los dos. Se sentó en una mesa y colocó al perro a su lado, en un taburete. Yo me acerco, le pregunto qué desea tomar, y me responde: «Un bock.» Y en seguida oigo una voz muy graciosa que dice: «¡A mí, una cañal!» Yo vuelvo la cabeza para ver de dónde sale

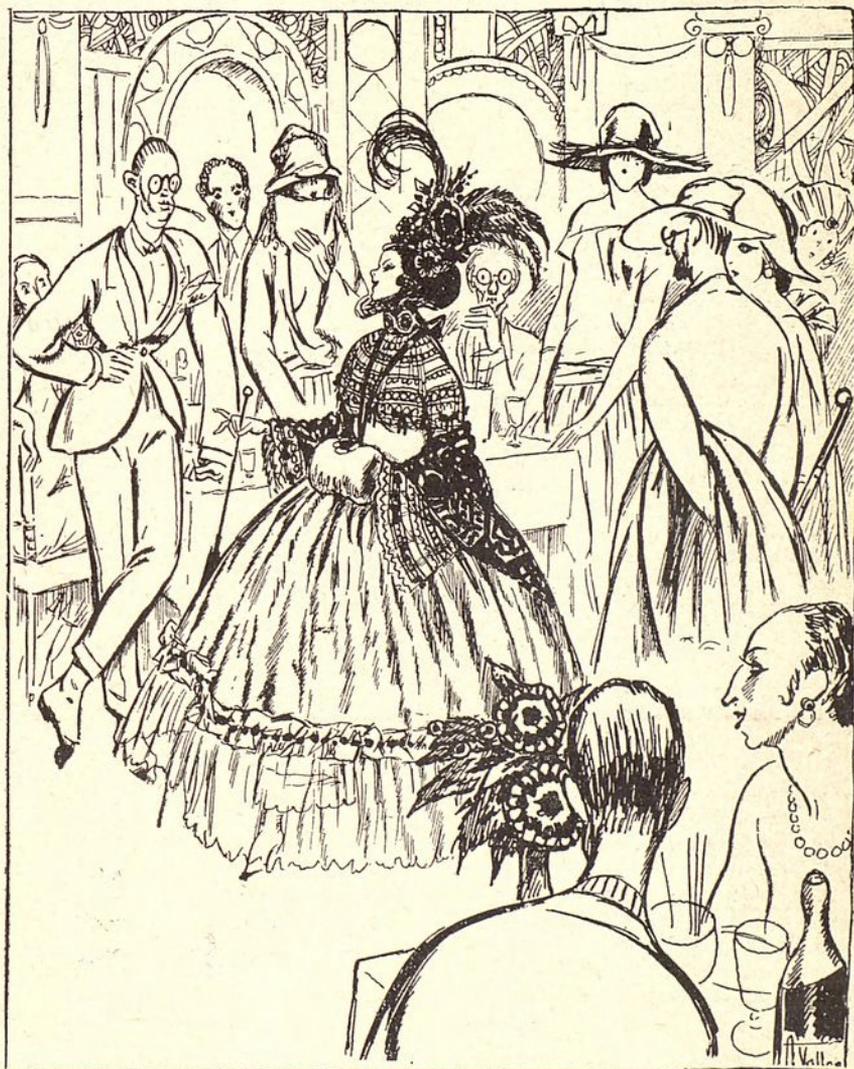
esa voz. Entonces el dueño me dice: «¡No haga caso; es mi perro!» «¿Su perro?» «Sí; yo le he enseñado a hablar.» Yo no quise replicar; pero creí que se burlaba de mí. «Hágale hablar», le dije; y él me contestó: «Pregúntele lo que quiere tomar.» Y yo, no dando crédito a lo que veía, pregunté al perro: «¿Qué desea tomar?» Y me repitió: «¡Una cañal!» Estaban allí mi mujer, mi dependiente y mis hijos, y todos se asombraron. Los parroquianos mismos decían: «¡Habla!, ¡habla!» El dueño

del perro me dijo: «¡Vamos! ¡Sirvanos usted!» Fui a buscar el bock y la cañal y los serví.

EL PRESIDENTE. — ¿Le dió las gracias el perro? (Risas.)

LATRONCHE. — No; bebió su cerveza. Entonces se me acercó mi mujer y me dijo: «Cómprale el perro. Podrás titular la tienda con este nombre: *Al perro que habla*, y vendrá la gente en avalancha.» Mis hijos me decían: «¡Sí, papá; cómpralo!»

EL PRESIDENTE. — ¿Y lo compró usted?



ESTRELLA DE «MUSIC-HALL».

— ¡Caramba! ¡Esa es Machinette!...

— ¿Tú lo crees?... Yo no la reconozco cuando está vestida...

(De Le Rire. — Paris.)

LATRONCHE. — Sí, señor; en cuatrocientos francos. Pero cuando le di el dinero al dueño, el perro le dijo: «¡Ah, ingrato!... ¡Me vendes!... ¡Ya no hablaré más!»

EL PRESIDENTE. — ¿Y no habló más?

LATRONCHE. — Ni una palabra; nada. Y la gente se rió de mí y me dijeron que el dueño debía ser un ventrílocuo. Entonces yo me enfurecí de haber sido estafado, y fui a la Comisaría y conté el caso, y se desternillaron de risa.

EL PRESIDENTE. — ¿Y qué hizo usted?

LATRONCHE. — Darme a todos los diablos. Hasta que ocho días después me encontré al detenido en un barracón de la feria de Montmartre, donde se exhibía, y le hice detener.

EL PRESIDENTE (al detenido). — ¿Es usted ventrílocuo?

EL DETENIDO. — Sí, señor.

EL PRESIDENTE. — ¿Y ha estafado usted al querellante haciéndole creer que el perro hablaba?

EL DETENIDO. — Es él el que se empeñó en comprármelo. Yo no quería, porque con el perro me ganaba la vida; pero el tabernero me dijo: «Le doy doscientos francos.» Yo rehusé. «Trescientos», me dijo. Entonces pensé que podría yo procurarme otro perro. El tabernero me dijo, terminante: «Vamos, le doy cuatrocientos francos y la consumación.» Y al fin, ante su insistencia, acepté.

EL PRESIDENTE. — ¿Y el perro?

EL DETENIDO. — Se escapó a buscar. (Risas.) Pero es del señor, si lo quiere.

LATRONCHE. — ¡Gracias! ¿Para qué quiero un perro que no habla?

EL PRESIDENTE. — Entonces, ¿usted insistió en entregarle el dinero?

LATRONCHE. — ¡Claro! Mi mujer me aseguraba que con lo del «perro que habla» ganaríamos un dineral...

En estas condiciones, el Tribunal juzga que el delito de estafa no está suficientemente probado.

Moraleja. — No os sorprendáis cuando os digan que los animales han hablado en otro tiempo, ya que en nuestros días pueden seguir hablando

A. R. H.



EL ABUSO DEL ESCOTE

— Para tener una mujer tan bonita, debería pagar el impuesto sobre el lujo.
— ¡Ya lo pagará en médico!...

(De Le Rire. — Paris.)

==== ¡NI QUE FUERA UNOS GUANTES!... ====

Se juntan dos amigos; hacen una *vaquita*; sube el amigo más picardihuelesco a administrarla en uno de los mil quinientos entresuelos en que se protege a los mendigos cabe el distrito del Centro, y da la casualidad de que la vaca sale brava.

No ha pasado media hora, y el amigo tunante vuelve al café, do le espera el más pusilámne del *duetto*, con seiscientas pesetas.

Alegría, copifa de coñac, puros

de los llamados *porras*, y proyecto para quemar las seiscientas del ala.

Tras mucho cavilar, recuerdan ambos amigos que «por casualidad» dos lindas palomitas del amor están esperándolos en la calle de Peligros, esquina a Jardines, y que, juntos los cuatro, pueden y deben dar una vuelta en moto por los pueblos de alrededor de Madrid.

¡El progreso! Antes, cuando los flamencos se metían en juerga, recorrían las *tascas* y los cafés de cante en un *gomas*. Hoy se recorren los pueblos cercanos a Madrid en moto; mañana irán de juerga en uniplano y en multiplano desde el Colonial a tomar las sopas de ajo (plato obligado de todo buen juerguista) en Barcelona, a almorzar en Berlín, y a cenar en el *Moscova Palace* de Petrogrado.

Pero volvamos, carretera abajo, en busca de los pollos que poseen los ciento veinte duros.

Ellos y ellas (las que estaban esperándoles casualmente), rebosando alegría, charlando por los codos, se disponen a montar en una moto del Centro de Hijos de Madrid, que también les estaba esperando en la calle de Tetuán.

En el *Saiz de Carlos* se embanastan las dos muchachas y el joven picardihuelesco. El *chauffeur* en su sitio, y tras él, como los monos tras los picadores, el otro joven.

«Picó espuelas» el *chauffeur*...

...y allá va la moto...
¿Quién sabe dó va?...

a ciento, a doscientos, a trescientos kilómetros por hora.

«No diré corría, volaba la moto...»

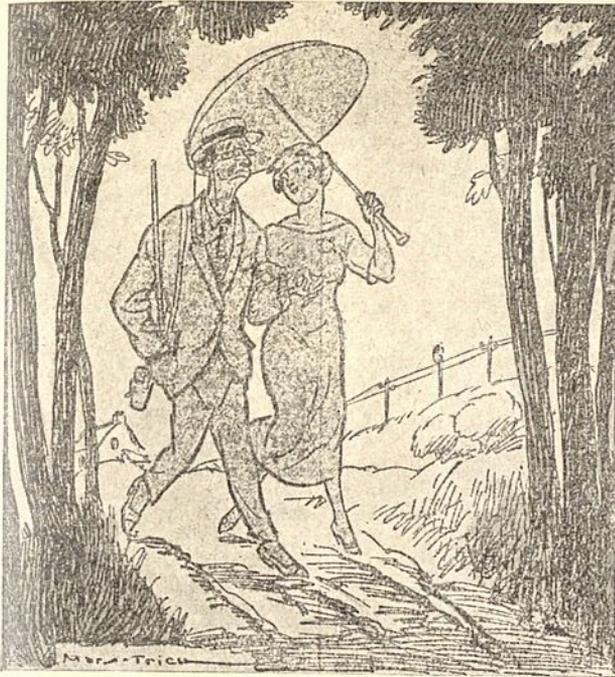
Ante los ojos picarillos y asombrados de los dos juerguistas pasaron la Bombilla, la famosa cuesta de las Perdices, El Plantío, Las Rozas, Las Matas, La Navata, Villalba...

Ellas, las muchachas, acostumbradas a todo, de nada se asombraban.

Al llegar a la *Jabonería* hicieron alto para tomar un tinteempé y lucir sus jaraneros *cuerpizazos*.

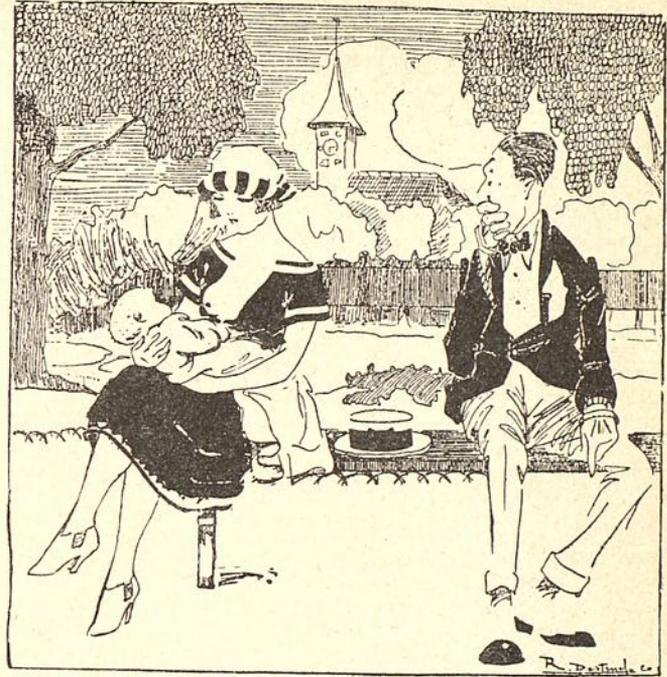
Echó pie a tierra el *chauffeur*, y con la galantería de un caballero de los tercios de Flandes ayudó a las damas, que salieron como sacacorchos del *side-car*.

Entre los tres sacaron al joven inventor del viaje. Estaba hecho



— ¿Cuándo nos casaremos?
 — ¡Vamos, vamos, calla! ¡No me estropees este paseo tan delicioso!...

(De MARS TRICK, en Fantasio. — Paris.)



UN BEBÉ CAPRICHOSO

— ¿Qué?... ¿No quieres?... ¡Mira que se la doy a este señor!...

(De DESTRUËL, en Le Rire. — Paris.)

un matasuegras...; pero ¡oh asombro de los asombros! el otro joven, el compañero pusilánime, el que venía guardando las espaldas al

chauffeur, no estaba allí. ¿Qué había pasado?

El joven tunante no acertaba a decir palabra; las muchachas, a punto de derramar abundantes lágrimas, le buscaban por entre los radios de las ruedas. Por fin, el hombre (¡los varones son siempre los que afrontan los peligros!) se dirigió al mecánico y le dijo:

— Oiga, choferito, ¿qué sabe usted de mi amigo, de mi compañero, de mi hermano del alma, que venía mirándole a usted el cogote?

El *chauffeur*, con más estoicismo que Marco Aurelio, como si fuera sobrino carnal de Suetonio, con la seguridad de un espartano, replicó, sin dejar el engrase del motor:

— ¿Quién, el ocupante del sillín que hay tras mi asiento?

— Sí, ese muchacho. ¡Conteste, por Dios, que se nos puede ahogar con un cabello!...

— ¡Pues ese muchacho... — continuó el discípulo de Tácito —, ese muchacho lo hemos perdido en la carretera, entre El Plantío y Las Rozas!

— ¡Pues, hijo, ni que hubiera sido un par de guantes!...

ISIDRO DE MADRID.



CUPÓN

correspondiente al número 15
 de

BUEN HUMOR

Cada trabajo — no solicitado — que se nos remita, ha de venir necesariamente acompañado del presente cupón.



NÚMERO 15

DE

BUEN HUMOR

Cupón que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita con destino a NUESTROS CONCURSOS

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Rochete. Valladolid.— Cuide más los versos. ¿Madriñerías... del Campo Grande? No sirven.

P. P. L. Madrid.— Su cuento lo habíamos separado para darlo en el número de Carnaval o en el de Piñata; pero catorce cuartillas bien nutridas no se meten en cualquier sitio, y después de varios intentos, hemos tenido que desistir de nuestro propósito. ¡Otra vez será!

A. S. Madrid.— Inocente el asunto y, además, muy manoseado. No queremos señalarle otros defectillos, porque con los indicados basta y sobra para no admitirle su cuento.

L. E. Madrid.— Tiene el pequeño inconveniente de que se ve el final desde la primera cuartilla; y en los cuentos, al contrario que en el juego, conviene no acertar.

D. S. Barcelona.— ¡Dios le conserve a usted la vista para ver a esa vecinita que se olvida de cerrar las maderas del balcón, y le aumente el oído para medir los versos y distribuir convenientemente los acentos!

A. G. F. y A. R. Madrid.— Sería desflorarles el éxito. Esperemos el estreno.

A. V. Valencia.— Conformes. Daremos un dibujo, el de la estatua, para portada,

en color; el otro, de una forma o de otra, también se publicará.

Autobardo. Jaén.— Sí, señor; para cada una de las soluciones hay que mandar un cupón. ¡Está muy claro!

Pepe. Avila.— Los dos dibujos últimamente recibidos podían estar mejor; pero no están mal. Los chistes nos han resultado más que los dibujos. Veremos de aprovechar alguno.

Arcilleca. Madrid.— Pero ¿de veras acaba usted de salir del penal de Santonaña? ¿Y qué fué ello? ¿Algunos versos?

Renado. Santander.— Los dibujos nos gustan. El chiste del picador no lo entendemos; procure usted aclarárnoslo, y se publicará. El otro también es publicable, cambiándole el pie.

Rogueman. Madrid.— No está mal; pero parece un anuncio de zapatería. Mande otra cosa.

H. P. V. Habana.— Guardamos sus dibujos para cuando nos envíe usted otros chistes.

J. B. Valencia.— Idem id. Puede enviar sus trabajos en la forma que indica.

J. L. Valencia.— Sus versos están muy bien; pero sentimos que no se haya dado usted cuenta de que nuestro semanario se titula BUEN HUMOR. Mande otra cosa orientada en este sentido.

F. A. Madrid.— El de los guantes sirve.

J. de la F. Valencia.— No nos hace gracia el chiste. Insista usted. Suponemos habrá usted recibido ya los números que le enviamos.

Ricardo. Córdoba.— Sentimos no poder complacer a usted por esta vez. Es un chiste demasiado fácil.

Polo.— *Boy.*— *Perucho.*— *Uno.*— *J. M. Madrid.*— *C. R. Santander.*— *Garcíañez. Marruecos.*— *E. N. de J. Madrid.*— No sirven.

R. M. Badajoz.— ¡Eso es! Nosotros tenemos por modelo aquello de

«Yo no soy de aquí,
yo soy de Alcorcón,
y por eso llevo
la faldita pantalón.»

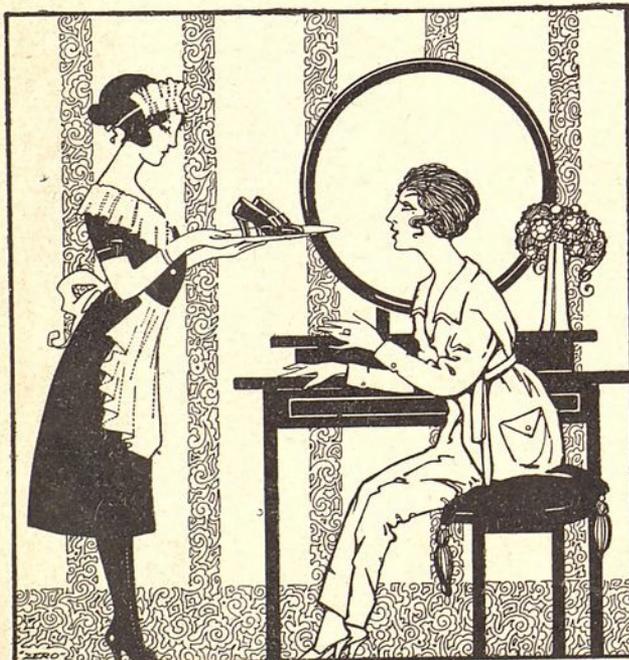
De hoy en adelante dejamos de admirar esta maravilla literaria, para consagrar todo nuestro entusiasmo a sus desahogos poéticos.

Ramón. Madrid.— *Quico.*— *J. R. Madrid.*— *Grafitito.*— *Gambrinus. Zaragoza.*— Publicaremos uno de sus dibujos.

R. G. Melilla.— Sí, señor. Aceptados sus dibujos, que nos parecen estupendos. La historieta no entra en concurso, porque el asunto no está a la altura de los dibujos.

En lo sucesivo mande sus originales en negro.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.





BUEN HUMOR



SEMANARIO SATÍRICO

—o o o—

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL.

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

MANZANERA Y COMP.^A Independencia, 856.

Semestre	\$ 6
Año	\$ 12
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración: Plaza del Ángel, 5.

MADRID

Dibujo de K-HITO.

De nuestro concurso de carteles.



BVEN HUMOR
Semanao satirico
40 céntimos